N
54.42
B63ca
e.1

OSVALDO BAZIL

CABEZAS DE AMERICA

LA HABANA
1 9 3 3

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO - REP. DOMINICANA

A Teo Prats Ramírez.
Con la admiración cordial de
El autor.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Rosales en Flor.—Poesías.—Santo Domingo, 1901.

Arcos Votivos.—Poesías.—Habana, 1907.

Parnaso Dominicano.—Barcelona, 1912.

Parnaso Antillano.—Barcelona, 1913.

Campanas de la Tarde.—Poesías.—Habana, 1922.

Movimiento Intelectual Dominicano.—Washington, 1924.

Huerto de Inquietud.—Poesías.—París, 1926.

La Apoteosis de las Lágrimas.—Discurso.—Habana, 1932.

Vidas de Iluminación.—Conferencia.—Habana, 1932.

OSVALDO BAZIL

CABEZAS DE AMERICA

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

LA HABANA
1933

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

ABR. 7 1972

BN
864.42
B363ca
e.1

BREVES PALABRAS

Reg. No. 660995

He querido recoger en este libro, mis recuerdos personales de liras y de plumas de América, que me fueron gratas.

En la mayoría de ellas quedó grabada la emoción de un afecto personal. Por eso, al través del tiempo, sus nombres y sus irradiaciones laten victoriamente en mi memoria.

Estas páginas no tienen un valor esencial sino para mi corazón. Ellas son un tributo que rindo; un homenaje que engarzo en la diadema interior de mis admiraciones literarias, en honor a la amistad que fué aroma en mi juventud y que es hoy lampadario en mi otoño ennubecido.

No creo que realizo con esta obra acción que merezca palmas. Simplemente hago justi-

cia al encerrar en la urna de mi devoción, recuerdos y juicios personales sobre liras y plumas de esta América, olvidadiza. No todos mis recuerdos de amigos y maestros figuran en este libro. Mi fervor por las reliquias queda aquí presente. En este libro aprisiono esos inextinguibles fervores. En otros libros sucesivos continuaré esta labor devocionaria.

El culto que un hombre siente por los seres que impresionaron su espíritu, forma parte de su existencia. El trato de hombres ilustres, desaparecidos o no, dilata lumbres superiores en el pensamiento de los que les sobreviven. Y es un deber nuestro, dar a conocer lo que guardamos de ellos. No importa que la América, los ignore. Sus nobles espíritus flotan como altas irradiaciones en la noche de mi amoroso pensamiento.

Habana, Mayo de 1933.

EL EVANGELIO DE LA TERNURA

He oído decir, a varios cubanos: no estamos conformes con la idea de la divinización del apóstol Martí. Lo preferimos hombre y no dios! Que nos lo dejen tal como fué: suma vertiginosa de hombres.

Envuelve esto una casi censura a la voz de Santiago Argüello, que recientemente lo divinizó en un escenario habanero. Y esto no es justo! La América lo conoció hombre, pero lo prefiere recordar como dios! Aconteció lo mismo siempre con todos los redentores, nunca con los conquistadores. Pero, fué desde en vida del Maestro, cuando surgió sobre su nombre esa orla de santidad que le veían todos caer sobre el rostro! Esto acontece siempre que aparece un hombre sobre la tierra oponiendo desinterés absoluto y piedad límpida a la sordidez huraña de los hombres! Esto sucede siempre que aparece el sacrificio sobre una lección de virtud. Es el caso de Jesús. Es el caso de Lenine. No fué Jesús hombre? No lo

BIBLIOTECA BNJM

fué Lenine? Y no lo adoran hoy como a un dios? No fué hombre Hofer, el santo y el héroe del Tirol? No fué mujer Juana de Arco? No lo fué Santa Teresa? Y, acaso por ser dioses o santas, merman sus prestigios? Todo lo contrario: elevados a dioses se les ven más puras y más altas sus nobles raíces humanas! Da honra y consuelo pensar, que Jesús, fué hombre, entre los hombres!

Martí, escuchó más de una vez, a su redor, esta frase: "el Jesús inútil". No era ya esta expresión un reconocimiento de su sacrificio y del halo divino que le bañaba el rostro? No fueron sus manos, una vez, las que recibieron en Tampa, al bajar de la tribuna, una cruz de flores, de manos proféticas de mujer?

Todo el que lo vió, lo creyó santo! Tan dulce era su voz, tan honda y errática su mirada, tan ámplia y triste la frente, tan lento el ademán, que a su presencia, las fieras que le iban a roer las entrañas, se detenían como ante una iluminada grandeza! Qué mucho, pues, que hoy se le vea como a un dios, si de hombre, realizó milagros por la ternura que predicó como el más caro evangelio de su espíritu? En José Martí, la ternura fué, a modo de satélite que siguió su pensamiento de Redentor de su patria! Fué, por la ternura, que se abrió paso, por entre las almas. Si reunió fondos sobre el fi-

lo del desastre de Fernandina, fué, por la transparente ternura de su corazón desgarrado! Nadie le negó un inmediato sacrificio, nadie le negó su apoyo. En una estrecha habitación le sorprendieron, tascando la noticia del desastre, y cuenta quien lo vió, que revolvíase como un loco de un lado para otro. Su escaso pelo estaba erizado, sus ojos hundidos parecían próximos a llorar. De sus labios no salían más que estas palabras: "Yo no tengo la culpa. Yo no tengo la culpa." ¡Ni una maldición! Lo véis? Tal como un santo! En esos trágicos momentos, opreso su corazón, entre los rojos garfios de una gran traición, no supo ni maldecir ni amenazar! Era un dios desesperado, pero sin odio, sin rencor. Y de allí, saltó, reorganizó, voló a Santo Domingo, y se montó sobre la tragedia y sobre las alas del dios de la guerra, entre rayos, y cruzó la noche y cayó "con una mano de valientes", en un ignoto pedregal de la costa oriental cubana. Y alzó al mundo y creó la patria libre! Cuando dijo: "Yo alzaré el mundo". Fué la voz de su ternura la que habló así al infinito! Y lo hubiera alzado. Y todos hubieran visto el milagro de ver un mundo sobre los hombros de un hombre débil!

Martí, es la ideal personificación de la ternura, él la encarna en cada movimiento de sus

labios, en cada trazo de su pluma de excepción. La ternura respiraba en su almohada, brillaba o sonreía en su lira, suspiraba o florecía en sus manos, en sus ojos, en su pecho de santo, de poeta, de tribuno y de apóstol. Por la suave emanación evangélica de su ternura, nadie puso en duda su palabra de apóstol desde que apareció predicando la guerra necesaria! Con ninguna otra fuerza, hubiera reunido, a su redor, los sables rotos, dispersos de la gran guerra anterior, ni hubiera unido y consolidado la hermandad en los hombres distanciados. Y para el logro de esta faena estupenda y urgente sólo ofreció al máximo caudillo dominicano, como única remuneración: "el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres."

Qué poder tenía este hombre, que así pudo lanzar a su país a la guerra? ¡Sólo el poder de la ternura tenía en grado tal, que sólo es dable poseerla así, a un santo o a un dios! Su palabra era clemente abundancia de cielo, era diáfana anchura de virtud, era espesor de esperanza de campo lleno de rocío, era, por sobre todas las cosas mudables o torpes, sierpe de aroma que rodeaba de luz las voluntades y las henchía de su fé y de su verdad, o las bañaba en el óleo de su cristalino evangelio de ternura! Y, por ella, hubiera alzado cien veces el

mundo, para que la faz ensangrentada de Cuba, se hubiera visto en mitad del espacio! Realizaba su diaria labor con sencillez y naturalidad tales que parecía como si no se diese cuenta de su poder sobre las almas! Era tan sencillo, tan humilde, que parecía estar lejos de toda vanidad humana. Y, sin embargo, conquistaba, cosechaba, a su paso el amor de las mujeres, como si el destino quisiese tentarlo! Despertó pasiones por donde quiera, a pesar suyo. Pero, sólo un doliente amor de patria, le conmovía toda la raíz de su vida! Fué hombre de amor, y hombre de pluma y hombre de guerra! Es por eso, acaso, que no gusta la idea de la divinización de su recuerdo? No, por Dios! Si, precisamente, por ser tres veces hombre y vencer y flotar sobre esa triple llama, su gran amor al sacrificio y su gran ansia de morir, como ejemplo y como símbolo, es que es dios, en la memoria de América!

Amó mucho y supo amar! Lo amó todo! Un día, acaso, por su propia pluma, se sabrán sus amores, sus pasiones de hombre. Y, entonces, sobre ese montón de cenizas aparecerá la hostia de su espíritu inmaculado, perdonando y pidiendo perdón a su amada de Aragón, de Cádiz, de Guatemala, de New York, de México, de Londres, de tantas partes por donde pasó y deslumbró su verbo y se le vió el luto hondo de

sus ojos, erráticos! No fué un Don Juan, no fué un burlador ni un rondador de rejas. Fué un hombre de luz de Dios que atrajo numerosas sirenas y mariposas, deslumbradas, sin quererlo. No peca la dulce de Magdalena, cuando besara con toda su boca ansiosa, el desnudo pie del incomparable liz de Galilea! Martí, fué un romántico en una época en que ardía en el mundo el romanticismo, y como de toda su personalidad se desprendía un hálito de soñador, justo era que se prendaran de él las almas femeninas. Pero, siempre noble, siempre puro, siempre espiritual, comprendía y callaba ante el amor de sus adoradoras. Otras veces cantaba en versos que aún destilan miel, dolor, rocío, el trágico fin de sus desdichadas heroínas, a quienes no podía sino bendecir y agradecer el albo ofrecimiento de sus cálices de ensueño, o besaba otras veces con emoción de niño el oro destrenzado de unos cabellos que tentaban sus manos de viajero sólo atento al acento de su patria esclava! Amó mucho! Pero, su amor fué rezo, fué cántico, fué endecha. La excelencia ritual de su espíritu, la pura elegancia y la limpieza insólita de su vida y de su obra no cobijó nunca una mancha de vulgaridad! En él, la generosidad era tanta, que no podía desoír la voz del amor. Iba siempre tan de prisa, que no se enteraba

donde su mano dejaba caer una flor o una rima, o un poco de bálsamo! Iba como una sombra errante suspendida por la mano de la gloria! Iba embriagado de dolor, iba muriéndose. Presentía y quería su muerte. Lo dijo siempre en mil formas: una de ellas es ésta: "Yo voy a morir, si es que a mí me queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldad." Pero seguía viviendo de pan de ternura, por que aún tenía que completar su misión. Su ternura sonrió de felicidad al pisar tierra de Cuba libre y estalló entonces en flores de supremo alivio para los primeros heridos de la guerra.

El día 26 de Abril, de 1895 escribe: "Sentí anoche piedad en mis manos cuando ayudé a curar a los heridos." Y más adelante agrega: "No soy inútil, ni me he hallado desconocido en nuestros montes; poco hace en el mundo quien no se siente amado."

Aquel hombre meditativo, contemplativo, sensitivo, no movía sus brazos sino para abrazar, para estrechar, para amparar! Por qué no ha de parecernos un dios, por qué no ha de oficiar la conciencia cubana, ante su memoria, como ante un altar?

¡Sabía él que iba a morir pronto!, y con qué ternura mira él al cielo, contempla la tierra, ausculta el mar, y escribe, entonces, su despedida a la madre que está lejos: "Hoy, 25 de

Marzo, en víspera de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele en la cólera de su amor del sacrificio de mi vida; y por qué nací de usted, con una vida que ama el sacrificio? Palabras no puedo! El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero, conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! ¡Y entonces sí que cuidaré yo de usted, con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame y créame que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición! Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura! No padezca!"

¡Qué breve joya de emoción, de lúcida ternura, de íntimo dulzor, de esencia filial! ¡Cuatro letras a la madre ausente, y todo su inmenso corazón, como un sol en el ocaso, se ocultó tras esas pocas palabras! Cada una es una lágrima en secreto, una sagrada cuenta de rosario caída sobre el fervor de una ternura inmensa.

¡No son inútiles la verdad y la ternura! Por no serlo, es que hoy nos atrae su vida para

cantarla como la de un dios y no como la de un hombre perecedero! Por no serlo, es que le vemos en la refriega fatal de aquel combate, como un arcángel de la guerra, y le vemos ascender a los cielos en aquel instante cuando, a caballo, acometió contra el enemigo emboscado, en demente carrera, solo, fébril, inmenso, seráfico, al sacrificio de su vida! ¡El cielo debió sentir frío y recoger su luz en ese instante! Debió abrir hueco en su esplendor, al verle abrazar las balas que ahogaron en su negro humo el blanco espectáculo de ternura humana que había en su corazón!

MANUEL SANGUILY

La pena del bueno de Don Federico Rahola, aquel noble varón catalán, que murió cantando al "Hijo que no ha venido," a continuar la vida y la obra del padre, no la sufrió Manuel Sanguily, el tribuno cubano, por excelencia! Sanguily, ha tenido el hijo noble que ha venido al mundo con la grata misión de plegar las alas de una juventud brillante, sobre la gloria y la memoria del padre ilustre! Y cada día le saluda y le despide el sol, sobre la incesante búsqueda y ordenación minuciosa de la esparcida y gloriosa labor de aquel que fué maestro, orador, crítico, militar, y por sobre todo, un ejemplar humano de los que más enaltecen una patria y honran y dignifican la humanidad!

Era Manuel Sanguily, la pasión con ojos azules y perfil de águila. La pasión en él no supo nunca sino de espacios claros, de atmósferas serenas, de cumbres altas! Sus rugidos sólo duraban el término de un rayo en la noche.

Ningún espíritu más agitado que el suyo, pero ninguno más preocupado tampoco de hallar siempre a su lado a la serenidad y a la justicia! Parecía implacable, inexorable. Pero en el fondo de su conciencia y de su espíritu, sólo había un dulce manantial de ternezas íntimas, y un hombre deseoso de que la piedad y la caridad llamase a esas invisibles puertas de su vida interior para dar a vuelo todas las campanas de la bondad que le servía de lecho a su carácter! Al parecer vivió como una pira, pero por debajo de esa pira, sólo había bellas rosas, sólo había piadosa comprensión para todos los seres y para todas las ideas.

Orgulloso de su vida, eso sí! Y quién no lo es de una vida como la suya, consagrada desde la adolescencia a la libertad de su patria y al honor de sus armas, en una guerra que era como fragua de héroes y horno de dioses? Desde la juventud fué una cabeza irradiante, de la cual se desprendían todos los prestigios! Hombre de leyes, de letras, de espada, escaló todas las alturas y de todas ellas salió inmaculado, como una lámina de armiño! Siempre salía de todas partes por la puerta principal! Sus airones en alto, no hubiesen podido pasar por debajo de una puerta estrecha! Necesitaba de puerta alta, franca, para la levantada frente!

Sanguily, debió morir con la conciencia de que, indefectiblemente, llegaría a la posteridad cuanto salió de su pluma. Si otra cosa dijo, si mostró despego por su obra, no fué en esto sincero. Cuidaba de una carta como de una página académica. El día en que aparezca el Sanguily íntimo, el epistolar, confidencial, tendremos delante un Sanguily, todo mimo, todo cariño. Toda la vida vivió quejándose de su mala salud. Pero, en el fondo de esta queja, había una elegante manía y un infantil deseo de ser mimado. ¡En *El Fígaro,* de la calle de Obispo, aparecía todas las tardes, limpio como un cristal. Fino y agudo como una espada. Allí le rodeábamos sus devotos y le acompañábamos hasta una mesa del Casino. Desde allí seguía matando con un gesto o fustigando con una frase, todo lo que le fuera ese día desagradable! De él hablaba poco, prefería no hablar de sus *Hojas Literarias.* Pero él sabía que había dado con ellas base sólida a la historia de la literatura cubana. El sabía que él, junto con Montoro y Varona, eran las tres columnas principales para cualquier Templo que la Posteridad levantase al pensamiento en Cuba. Los tres eran distintos, pero se completaban. Montoro, es el pentélico de la Serenidad! Una vida como una toga! Enrique José Varona, es el patriarca de Cuba, el Platón que tie-

ne por jardín toda la Isla. ¡Una vida como una acacia! Y Sanguily, era el Primer Caballero de la República. ¡ Una vida como un yelmo! ¡Sin ninguno de los tres no hay historia completa de la literatura cubana!

Le oí muchas veces desatar en público las flámulas de su palabra privilegiada! No he visto nunca ni en América, ni en Europa, orador más elocuente, ni de gesto y voz más armoniosa! Eran la elegancia y la armonía que entraban de brazo en el templo del patriotismo, a contraer nupcias ante el Dios de la elocuencia! Sus discursos sobre la capacidad cubana para regir sus libres destinos, eran a manera de soberbias columnas de majestuosos templos romanos! Aquel discurso pronunciado en el teatro *Martí,* en contestación a la Universidad de Kansas City, es y será siempre un ejemplo de perpetua grandeza de la palabra cubana. Aquel discurso del Ateneo, de presentación de Antonio Zambrana, que era ya un sol que se hundía frente a él que era un águila que se remontaba, pasará a la historia tribunicia de Cuba, como la flor de la más extraordinaria organización de la palabra humana! Cada vez que Sanguily, desde la tribuna, nombraba a su hermano Julio, la ovación era inminente. Parecía, entonces, bajar al sepulcro de su hermano y recostar allí, acongojadas, las palabras! Y

luego, al abrir los ojos y elevar la mirada, parecía como si del cielo le cayera sobre la voz y la imagen, un temblor de divina lágrima! Y, entonces, la evocación de la figura prócer y fraterna, era un poema perfecto!

Cada vez que Don Manuel Sanguily, escribió o habló de Miguel Figueroa, aquel fastuoso y relampagueante iluminado de la tribuna, lo hizo de tal modo, que nadie podría superarlo ni igualarlo siquiera. Cuantas veces que la ternura hizo acto de presencia en su palabra, fué para crear un arquetipo de elocuencia! Así el recuerdo de su hermano, el de Ignacio Agramonte, el de Miguel Figueroa.

Vida de iluminación la suya! Vida de estandarte en el Senado de la República, que ha de servir como ejemplo de la virtud cubana! Vida que está reclamando el cincel, que la vacíe en el mármol! El vacío de su estatua lo está llenando su hijo fiel, con la publicación de sus obras completas. Dios bendiga la mano del hijo, que no deja que el polvo del olvido caiga sobre el laurel del padre esclarecido!

GOMEZ CARRILLO

O

LA NOSTALGIA

MIENTRAS hablaba una noche con Enrique Gómez Carrillo, en París, pocos años antes de su muerte, observé en sus ojos lo que, anteriormente, había observado ya en otros ilustres centro-americanos: tenía los párpados superiores anchos, gordos, caídos, como si fueran breves bóvedas de carne, cubriendo una gran nostalgia muerta en el fondo de la pupila!

En presencia de Gómez Carrillo, me reafirmé en la creencia de que había un tipo logrado de centro-americano. Y que la característica de este tipo radicaba en los párpados y en una sensación de cansancio y de nostalgia estereotipada en los ojos! Rubén Darío, tenía esto mismo en los ojos! Se lo dije a Gómez Carrillo, y no le fué de su agrado el parecido. Sin embargo, él me había producido la misma im-

presión física que Rubén! Y en seguida me habló mal de Darío hombre; no así del poeta. "Rubén, era un avaro — me dijo — tenía un espíritu mezquino. Cuando tenía dinero, se ocultaba de los amigos y se escurría para ir a comer y a beber solo. Verlaine, tenía la misma costumbre. Era otro avaro, otro miserable. Nunca prestaron un franco a nadie!

—Pobre Rubén! Pobrecito Verlaine! — le contesté a Carrillo. — Qué tuvieron ellos nunca? Sólo en sueños, en duelos y en rimas, acuñaron monedas de oro. Sus vidas discurrieron prendidas de apariencias de bienestar. Nunca tuvieron nada estable, ni fijo, ni ordenado. No tuvieron renta nunca. Cuando recibían un cheque por una poesía, por un libro o por un artículo, o una dádiva generosa de un amigo, ya gravitaban sobre ellos pesadas órbitas de exigencias abominables, de todos los tamaños y de todos los espesores. Qué podían gastar ellos, en los bars con los amigos, si había que pagar al casero? De Rubén, le afirmé a Carrillo, podía contar que nunca tuvo una semana entera de felicidad económica. La bruja de la miseria, no le dejó en paz! Por los aletazos sombríos de esta bruja sórdida, sobre sus sienes, fué que emprendió el viaje a la América del Norte, y de ahí a su país, en pleno invierno, enfermo ya, en el año primero de la Gran Gue-

rra. A poco murió de terror de no tener que comer un día, más que del hígado operado, en mal hora!

Ni él, ni Verlaine, supieron administrarse. Lo único que supieron organizar, ordenar, reglamentar, fué el desorden lúcido de sus días de pobreza y de sus noches de alcohol!

Fué injusto Gómez Carrillo, con Verlaine y con Rubén. Desde antes de morir Rubén, ya no había entre ellos relaciones de amistad. Rubén no quería saber de Carrillo. Lo consideraba un mal hombre, una mala persona, un ingrato.

No pude convencer a Gómez Carrillo, de su injusticia. Hablaba en francés, rodeado de escritores franceses, en un bar de la acera del café de la Paix. Nos acompañaba el Cónsul de Cuba en Marsella, Andrés Abela, gran amigo de Carrillo. Simpático Cónsul! De pronto la conversación giró sobre el poeta Armando Godoy. Otro feroz ataque de Carrillo, y otra defensa mía. Era inútil convencer a Carrillo, esa noche. El alcohol era su satánico aliado. Carrillo, era un espíritu endemoniado, sin bondad, sin generosidad, aunque con un prodigioso talento de literato y con una encantadora pluma de paisajista, de cronista, de relatador de estados literarios propios y ajenos.

Volvió a insistir en sus ataques sobre Verlaine y sobre Rubén, en el aspecto personal, que no en el literario! Y, entonces, le conté que las únicas épocas florecientes de Rubén fueron unas breves quimeras. La época del *Mundial,* fué una agonía y la del Ministerio, de su país en Madrid, otra agonía. Esta época fué la peor. No le pagaban los sueldos. Están publicadas sus cartas al Presidente Zelaya, hablándole siempre de los sueldos que no llegaban y de los agobios que sufría con su instalación en la Corte. Por fin, abandonó la Legación y se marchó a París, no sin antes haberle mandado el archivo a su amigo, el poeta Pichardo. Lo abandonó en buenas manos. El poeta Pichardo, lo conserva todavía en su poder, sin abrirlo. ¡Sería curioso remover ese archivo! Pichardo no ha sentido esa tentación. Ha podido más en él, el honor oficial, que el temblor deleitoso del descubrimiento de un Rubén protocolar, oficial, burocrático. Qué habrá en ese archivo? Habrá versos? Cartas? Prosa fría de protocolos? ¡Sin duda habrá un sello y una bandera! ¡La bandera ya estará rota, destruída por el tiempo! ¡Qué emoción, sacar al sol, ahora, que su patria sufre, la bandera que el poeta plegó y encerró en una caja con sus manos temblorosas de diplomático sin sueldo! De entonces acá, ¡cuánta desgracia inme-

recida ha nublado el cielo de su ilustre patria, plegando todas sus banderas!

Rubén, no tuvo nunca dinero que guardar. En cambio Gómez Carrillo, ha muerto dejando una fortuna de millón y medio de francos. ¡Un Gómez Carrillo, ahorrativo, previsor, comprador de bonos y de acciones, no me lo imaginaba!

Afortunadamente la conversación con Gómez Carrillo, se había inclinado ya sobre sus grandes viajes y sus grandes amores. Y su palabra sobre estos tópicos, era la de un maestro encantador! Una bella gracia cínica, temblaba en su voz, e iluminaba sus ojos pesarosos; era la nota culminante de su personalidad. cuando evocaba su vida llena de la curiosidad de todos los hechizos de los viajes y de todos los secretos de la mujer. Frente a él, en esos instantes, se tenía la plena convicción de que uno estaba delante de un hombre superior! Tal era su aspecto y su genio! Quemó Enrique su vida como una mariposa de oro en el alcohol, en el amor, en los grandes viajes y los grandes escándalos! ¡Bien quemada!

La impresión final que me llevé de él, esa noche, fué la de un hombre que no podía ya con el peso o la carga de sus nostalgias, y la de un ser abstraído en algo lejano o amar-

go en el fondo de su conciencia de hombre mundano.

"¡Sentir la nostalgia de los viajes — me dijo — eso quiero. Pero, desde París, sin volver a salir de París. Todo ya, desde París; viajes, amores, vino, aventuras, bodas!" Eso me afirmó. Y, efectivamente, la sensación de todas esas cosas temblaba en sus ebrias pupilas! La nostalgia lo mataba, ella lo había criado, lo había amamantado. Era un príncipe mimado de todas las nostalgias. Cuando me despedí de él, para volver más tarde a conocer a su tercera o cuarta esposa, una diminuta salvadoreña de gran talento, me fuí de su lado, con la intención resuelta de no volver a verle. Me entristecía mi noche de París, contemplar sus ojos que parecían dos fúnebres candelabros que alumbraban una gran nostalgia muerta!

FRAY CANDIL

O

LAS ANTIPATIAS

HAY hombres fatalmente predestinados a acumular, en vida, las antipatías, que luego le siguen hasta la tumba, y allí le crecen como yerba mala hasta borrar de ella el nombre grabado! Tal ocurre con Fray Candil: vivió cultivando y sembrando el odio, y cuando desapareció, al instante, cayó sobre su vida literaria un espeso, un denso olvido total. Y de cuando en cuando la pluma de Fombona, se encarga de decir, desde algún periódico de España o de América, que Emilio Bobadilla, fué un hígado que no sabía escribir. Y sólo cuando se leen estos ataques, se acuerda uno de aquel crítico que puso casi él solo los cimientos en la empresa de cientificar la crítica española, y de aquel novelista potente de realismo, y de aquel poeta formidable, que eso era más que crítico y más que novelista, el gran Boba-

dilla! Pero, nadie lee ya a Fray Candil. Sus obras no se reeditan! Quizás, en una revisión de valores, dentro de veinticinco años, surja su nombre y su obra a la admiración y al cariño de los públicos. Para que esto suceda tienen que desaparecer los odios que están todavía acumulándole las antipatías que él se encargó de reunir, como si en ello encontrara su más grato deleite. Rubén Darío, lo odiaba. No le perdonaba sus sátiras. El Conde Kostia, también lo detestaba. Rufino Blanco Fombona, lo maldice frecuentemente todavía. Enrique Gómez Carrillo, lo denigraba. De tiempo atrás, lo odiaba y lo despreciaba Clarín, aquel luminoso y bueno de Don Leopoldo Alas, y también lo vituperaba Doña Emilia Pardo Bazán.

Nadie le tuvo amor a Fray Candil. Se imponía por su desenfado, por su valentía, por su intrepidez, y por que la punta de su acerada pluma, penetraba hasta el fondo de lo que tocaba. Pero, le faltó corazón! Por eso no realizó la obra que se hubiera impuesto a los odios y que se hubiera mantenido gallardamente a distancia de sus inexorables detractores! Su obra de arte careció de corazón! Y, en este pecado lleva la penitencia. Aún en los versos mismos, no hay ternura, y fué donde dió toda la que tenía o podía dar de su espíritu. Pero ya estaba amargado y desengañado de todo,

cuando escribió su obra en verso. Ya no creía en nada. Y, naturalmente, no podía tener su verso, esa frescura que da creer en todo. Esto no quiere decir, que no sea maravillosamente bien esculpida su colección de sonetos y que cada uno de ellos, no sea un fino breviario de aguda filosofía. Es una poesía de pensamiento desolado que tiene derecho pleno a sentarse junto a la poesía de cualquier gran poeta. Ya, al final de su vida, no escribía sino sonetos. Pero era tarde: su corazón ya no era aquel que cantó a *Bogotá melancólica:!* una bella y sugerente y sentida poesía de su juventud!

Era Fray Candil, un temperamento de agresión. Vivió en guerra siempre. En el fondo de su vida había una gran inconformidad: él quería vivir en paz, ansiaba la tranquilidad, la soledad. Mas no sabía encontrar las llaves de esa felicidad! Y entonces, abominaba de todo lo que le rodeaba! Pero, era, efectivamente, por dentro Bobadilla, como era por fuera? Lo dudo. Yo creo que su saña no era la verdad del fondo de su temperamento. Yo lo ví muy triste, con lágrimas asomadas a sus ojos, durante varias noches, en una casa de huéspedes del Vedado, a donde solía visitarlo. Hablábame como un vencido de la vida, como un fracasado. Era un arrepentido. Recordaba a su esposa ausente, con dolor. No era como la ge-

neralidad creía un carácter siempre indomable. Un día lo encontré en *El Fígaro* de chaquet y chistera. Tenía audiencia con el Presidente José Miguel Gómez. Le iba a pedir la Legación en Holanda o en Noruega y me pidió mi parecer de cómo debía hacer esto. Y en medio de la conversación, díjome: "no voy ya a ver al Presidente". Al punto lo convencí de su error y marchó a Palacio. Salió disgustado, hablando mal del Presidente. Pero luego, Catalá, que era el buen padrino de todas las aspiraciones de los literatos, le arregló con Don Manuel Sanguily, el asunto y se transó por un Consulado o por una Cancillería sin trabajo. Así era Fray Candil, saltaba de la serenidad a la violencia eruptiva y amenazaba y gruñía. Pero, si alguien con buena intención le hablaba, lo reducía fácilmente a la cordura. Lo que suele pasar con harta frecuencia es que esos temperamentos casi siempre están rodeados, por seres que los azuzan más bien que los calman, y de ahí que Bobadilla, constantemente fuera por el mundo de las letras disparando metralla viva y mordaz. De haber hecho una crítica menos personal, menos virulenta, habría infundido más respeto y no tendría, como tiene hoy, una tapa de plomo sobre su gloria, asfixiándola y secándola friamente!

Negar sus grandes condiciones de crítico, de escritor, de poeta, es desconocer una realidad, que un día u otro ha de manifestarse! Yo tengo esta impresión personal de Bobadilla: era un niño por dentro y un diablo por fuera. El diablo se asustaba del niño y el niño del diablo! De ahí el hondo sabor amargo de su solitario y lúgubre final de poeta! Tenía, eso sí, una lengua por entero luciférica. Y esto le proporcionaba, desde luego, enemigos feroces a granel! El se quejaba de no inspirar simpatías en los grupos, y yo le dije un día: "pero si usted hace todo lo posible por alejarlas. No hable usted mal de todo el mundo y ya verá usted como inspirará confianza, y más tarde simpatía!" El era físicamente huraño. Creaba entre él y los demás un corto circuíto de hostilidad, por que él, frente a los otros, *in mente*, pensaba sólo en fijar o cazar algún defecto del que tuviera delante, para luego frasear sobre ese defecto. Y así, con esa cualidad, sólo se va al infierno del odio. Jamás al cielo de la amistad. Pero él no era un mal hombre. Era travieso. Y por estas travesuras se vió acosado por las antipatías y no tuvo amigos. ¡Y quien no conoce el placer de la amistad, no puede ser feliz! En su propia patria se sentía extranjero. Espiritualmente tampoco tenía suelo propio, su nombre ni su fama. Era un genial hombre

de letras, que estaba fuera de la literatura española y fuera de la literatura cubana. Era una reputación al aire. Muchos años se le consideró como literato español. Pero, en España, nadie lo quiere, ni lo nombra, ni lo lee.

Después de muerto, he visto que distintas plumas cubanas reclamaban sus cenizas que reposan en tierra francesa. Pero, en vida, Cuba no lo quería, y casi se había olvidado de él.

Un día fuimos a visitar el Presidio del Castillo del Príncipe. Era el Jefe aquel caballeroso y bondadoso general Demetrio Castillo Duany, con quien almorzamos en compañía de Don Juan Gualberto Gómez. El General nos enseñó el Presidio. Fray Candil, escribiría para *El Fígaro,* una crónica de la visita. Cuando pasamos por delante de un grupo de penados de color, todos en fila, delante de una pared, todos desnudos, recibiendo el baño, Fray Candil, me llamó aparte y con gesto agrio y ojos inyectados, me dijo: "fíjese qué feos y afrentosos!" Y así lo publicó. Ya sentía odio por aquella desgraciada gente, y en su crónica habló mal de ellos y muy bien del Presidio, y naturalmente, del caballeroso General. Cuento esto para dar un detalle de cómo era su temperamento. Yo le hice variar y quitar de esa crónica en la cual, por cierto, me nombraba

con cariño, muchas crudezas contra esa presidiaria gente de color, que vimos allí bajo el abundoso látigo del agua! De ellos hizo una observación que no cabe en este artículo! Qué temible era la lengua de Bobadilla! La posteridad, en resumidas cuentas dirá algún día si Emilio Bobadilla, fué o no un eminente crítico, que le dió base científica a la crítica española, dirá si fué o no un novelista digno de la recordación, cuando ya estén borradas de la memoria de los hombres, sus rarezas personales y temperamentales.

Pero, lo que sí no tardará en decir es que fué un hondo y amargo poeta, digno de figurar entre los grandes nombres de la América española.

DON GABRIEL CAMPS

Ante todo, os diré, que me hace Don Gabriel Camps, el efecto de una barca que se desliza suavemente sobre un mar de terciopelo blanco: así anda: así vive: así piensa! Pero, por debajo de ese mar, sólo hay pasiones contenidas, reprimidas, pues el dolor, en grado sumo, alimenta los raudales interiores de esos mares, al parecer apacibles y bonancibles y tersos! Su ración de dolor la tiene Don Gabriel, recibida con creces, como todo ángel caído o por caer, y como todo mortal filósofo o no; obligado a circular por este mundillo, en donde la presencia de la felicidad, apenas si cuenta de tan breve y fugaz que es!

En realidad, de verdad, no es Don Gabriel Camps, una cabeza irradiante, en el rigor de la expresión! Pero, no importa: él tiene la irradiación de la simpatía, de la mansedumbre sonriente y eso basta! Hay irradiaciones contemplativas!, la suya es de ésas!

En realidad, la irradiación es activa casi siempre; es ella una fuerza de persuasiva pe-

netración envolvente que se desprende de un gesto, de una mirada, de una idea, de todo un ser, a veces, sin que podamos librarnos de ella. Ejemplos? Le sobran a la humanidad: Jesús es el más bello ejemplar humano de la más divina irradiación evangélica!

Martí, fué un singular ejemplo de irradiación apostólica! Sanguily, era un irradiante en la tribuna. Eugenio María de Hostos, un aristotélico, nacido en Puerto Rico, era un irradiante en la cátedra. Bolívar era el tipo nato de la irradiación en la guerra!

Un tipo de irradiación literaria cubana fué Eulogio Horta. Hablaba él de poesía francesa, y parecía tener entre los dedos la imagen. El se miraba los dedos y todos mirábamos hacia donde el miraba y le veíamos temblar entre ellos el oro de los versos. ¡Veíamos y creíamos lo que él decía: de ahí un caso de irradiación objetiva al par que subjetiva!

Todas las épocas y todos los países y todos los ideales, han tenido y tienen sus irradiantes representativos!

La persona que posee el don de la irradiación no puede llevarlo oculto. Se le sale por los ojos, por los puños, por los poros, por los pelos: tal, el caso de Gabriel Alomar y de Ramiro de Maeztu.

Pero, dejemos esto de la irradiación y volvamos a Don Gabriel Camps. El tiene la culpa de que me entretuviera en esto de la irradiación, pues díjome, al saber que yo quería dedicarle un artículo: "hágame una cabeza irradiante." Y como él es de los pocos seres fundamentalmente buenos, yo he querido dejarle satisfecho su deseo.

¡Vida ejemplar, la vida de este varón preclaro, del más noble abolengo, de la más limpia prosapia! Si hurgáramos en ella, al instante tropezaríamos con flores de lises, con campos de gules, con una infinidad de blasones en la heráldica de su ilustre apellido español.

Algún día le veremos el pecho cruzado de bandas verdes, en señal de que fué el precursor del movimiento en pro de la Isla de Pinos. Esa isla dotada por la providencia de todos los dones, contó entre ellos con el don espiritual de la palabra y con la pluma de este infatigable propagandista de toda noble causa en Cuba! Don Gabriel, fué la llave mágica que abrió a la admiración de propios y de extraños, las excelencias de aquella isla, que está llamada a ser la llave de los triunfos del Caribe! Hombre de vista larga y paso corto, todo lo vé y lo medita; todo lo expone y lo dibuja con una sencillez y puntualidad que le son peculiares! Tuvo su época de exaltación, allá, en los años mozos,

en la Emigración revolucionaria de los cubanos, en Norte América, cuando su palabra era puñal de sol que se entraba hasta el puño en el pecho del enemigo de su patria y era rocío de amor sobre el recuerdo de Pepe Antonio, el héroe legendario de Guanabacoa! Pero, los años (no se sabe ya qué número de años tiene Don Gabriel Camps) le apartaron de las líneas de fuego, para sumergirlo en las grutas de armiño de la serenidad! Hombre de ideas, siempre se le ocurren cosas que a los demás no se les ocurren o no sienten el afán generoso de traerlas a la luz pública, para bien de los que van, a locas y a tientas, por el mundo! Es un orientador de nautas errabundos en los mares de su Patria! Y, sobre todo, qué gran amigo es de sus amigos! Tiene un culto: la amistad! y un norte: el bien por el bien mismo, sin esperar nada de nadie! ¡Viejo simpático de corto y silencioso andar y de anchos y nobles pensares: en verdad que su vida es modelo de vidas y su corazón, modelo de corazones!

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

CHOCANO O LOS SOLES DEL PERU

Entre los grandes poetas que han pasado por la Habana, ninguno más fastuoso ni más deslumbrante que este cantor limeño, portador de una gran lira y de una gran ambición de aventura, y de una gran ambición de gloria y de renombre. Llegó a la Habana, y la conmovió con el estruendo pánico de su cítara de sol! ¡Justo era que el poeta amador de las mujeres, en la ciudad, en donde cada mujer que pasa, es como una coruscante odalisca, se sintiera preso entre las llamas de deseo que se desprende de los ojos de las huríes tropicales! Y justo era que viviera en la Habana, cantando madrigales en vez de cantos a los caballos heroicos, a los bravos jaguares y a los virreyes! ¡Aquí vivió el gran rimador abrazado siempre a un gran sueño de amor. Esto le daba la vida a su corazón y le daba la gloria a su lira! ¡Chocano no podía vivir sino debatiéndose entre los imposibles y los posibles de una gran aventura! Para él la felicidad consistía

en un *flirt*, que él luego cantaba con fervor de rezo. ¡Pasó por la Habana, dejando una estela de rimas galantes, que más tarde fueron a nutrir sus volúmenes de versos! El poeta frisaba ya en los cuarenta años, pero él se consideraba en posesión de un eterno don primaveral: el rostro fresco, el bigote negro, el paso ágil, la mirada viva, el verso pujante, brioso, sonoro, triunfal. Qué más para sentirse un virrey, por las calles de la Habana? Escaló tribunas, pisó escenarios, recorrió salones, con un puñado de versos en los labios y con un deseo loco de amor en el pecho. ¡Y triunfó en todas partes y brilló e hizo brillar los nativos soles del bello país de los Incas y de los Virreyes! Era el poeta que vestía púrpura, que encendía relámpagos, que mantenía reinos. Era un conquistador de vastos dominios, por los cuales un día, cuando apareció en su reino el ala negra de la desgracia, clamaron por él Reyes, Emperadores, Presidentes, Sabios y Poetas. ¡Conmovió un mundo y el mundo lo salvó! ¡Luego, la poesía le vale algo! ¡Luego, la poesía ejerce todavía en la tierra una influencia imperial, sacerdotal, única!

Pasa José Santos Chocano, por la Habana, exclamando:

"Debí yo haber nacido, no en esta Edad sin gloria, sino en un tiempo heroico que nunca

volverá! Mi espíritu es como una página de la Historia. Los que me ven se dicen acaso: Adónde va?"

¡Tal era, efectivamente, la impresión que causaba el bardo de América, que un día dijo desde el viejo solar hispano: "Soy un Virrey que vuelve de las Indias, en una reposada galera por la anchura del mar". España lo conoció, lo aplaudió, lo recibió como Virrey que vuelve de las Indias, cargado de oro mental. Con él venía una anacreóntica ley de poesía que hace temblar los bosques y salir las ninfas ocultas, que hace cantar las fuentes y brotar el manantial, que hace atraer a la orilla las fantásticas sirenas y al cielo dar más estrellas y a la luna más luz, y al sol más oro sobre la faz del mundo! ¡Pero, Dios está por encima de todo! Y cuando un hijo de Dios se ensorberbece, un castigo eterno le espera, como al soberbio ángel Luzbel! Y el poeta perdió la cabeza, pero no la corona! ¡Y con ella anduvo de la mano por estas tierras del Caribe! Fué viaje de azares y de cantares. Lo ví en Santo Domingo, en Puerto Rico, en Cuba, hasta que, clandestinamente, tuvo que marchar a refugiarse en el Consulado dominicano en New York, bajo el amparo entonces de Fabio Fiallo, hombre que da el pecho con la misma elegancia que si diera una flor! ¡De ahí a México, a Guatemala,

y luego al seno de la Patria fiel! Tales fueron las rutas y las andanzas del gran trovero limeño que, en una de esas treguas, dijo:

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!"

Hoy, recordará, acaso, con nostalgia, el vibrante peruano, sus páginas de vida de esos diez años! Y, acaso, en su nativo reposo actual, añore más de una vez, un rostro de cubana o una sonrisa o una caricia de mujer antillana. Acaso, recuerde con espanto los bordes de los precipicios, en los cuales estuvo a punto de dar al traste con su luminosa existencia, y caer al fondo con el cinturón de soles del Perú, que lo abrazaba en su potente imaginación de Virrey destronado, perseguido, traicionado! O, acaso, tal vez, diga, ya viejo como está: Lo mejor está en casa y el mejor fruto el que cultivo en mi huerto todas las mañanas, bajo la gracia y la paz de Dios, nuestro Señor!

EL MISTERIO DE ARMANDO GODOY

Prefiero llamar misterio y no milagro al "caso literario" de Armando Godoy, que la Francia de hoy aplaude y admira, y atribuye al genio de su lengua, ya que ella le sirve de instrumento de expresión al cantor cubano. ¡Cierto, que el español es idioma bronco, rotundo, enterizo, fuerte! ¡Cierto, que el francés está lleno de "nubes", de medias tintas suaves, de una mayor gracia para el verso, por la imprecisión y la dulzura femenina y la variedad de la rima! ¡Cierto, que para expresar el amor, no tiene rival la lengua francesa! ¡Cierto, que en poesía, vale más lo que se adivina y se sugiere que lo que se vé y se palpa. Pero, no es dable negar, por ello, que el español no se preste también a la expresión de todo delicado sentimiento humano! ¿No fué en español, donde escribió su *Cántico Espiritual,* San Juan de la Cruz? Y se puede, acaso, elevar a más alto la dulzura de un corazón místico, que en ese cántico maravi-

lloso? En el idioma español caben todas las notas, todos los matices, todos los estados de las pasiones! No está afirmándolo así Don Luis de Góngora y Argote? Y Garcilaso, y Lope, y Santa Teresa de Jesús? No es, pues, que el español no se preste al canto! ¡Es que, se puede ser un gran poeta en francés y no serlo en español! ¡Misterios del idioma que se producen en un temperamento de artista, dando ocasión con ello a que se manifieste el tesoro oculto de una sensibilidad, que en idioma nativo no se produjo! ¡Es un misterio de la naturaleza! ¡Quizá, estamos en presencia de una razón de clima o de una repercusión o visión de fuerzas que erraban en el éter, de algún antepasado, que vuelve y se localiza en el espíritu de Armando Godoy! ¡Todo es posible, ante el infausto desconocimiento de todo, que anubla y conturba la mente humana! ¡Si supiéramos algo de algo, no estaríamos presididos y mantenidos, como estamos, por esos dos grandes misterios de la cuna y de la tumba, que se lo callan todo avaramente! ¡Pero nadie sabe nada de nada! ¡Y mientras no sepamos la verdad del mar que rodea a la tierra y la domina, y la verdad de lo que está por encima de la tierra, cubriéndola, nutriéndola y fecundándola, ¡estaremos en la tierra ignorándolo todo!

Vivimos de tanteo en la sombra, sin conocer ni saber ni a donde vamos ni de donde venimos, como exclamaba el gran poeta medroso de "El Dolor de ser vivo".

Lo cierto es que el cubano Armando Godoy, es un gran poeta en francés y no lo es en español! El caso tiene antecedentes en Cuba. El autor de los *Trofeos* era cubano. Pero, se me dirá, que José María de Heredia, se fué niño a Francia, y que, Godoy, se fué ya hombre hecho y derecho. ¡Está bien! ¿Pero, y Augusto de Armas, llegó niño, acaso a París? Llegó hombre a París, el exquisito burilador de *Rimas Bizantinas,* cuyas prosas y versos franceses asombraron a Banville. Los amigos de Armando Godoy, debemos afrontar su caso, explicándolo frente a la sorda y miserable insidia de sus enemigos, que echan sus semillas envenenadas en el surco en donde las avienta el soplo de la calumnia! ¡Ahora que vive Godoy, es cuando hay que decir las cosas que van diciendo por ahí, en voz baja, sus detractores! ¡Y es ahora cuando hay que salirles al paso, en voz alta, a esos sembradores siniestros de la ponzoña del mal en el árbol, resonante de triunfo, del poeta Godoy!

Yo estoy de acuerdo en esto: su obra en francés deja empequeñecida su obra en español, a tal grado que no guarda relación de pa-

rentezco la una con la otra, que parecen proceder de dos temperamentos artísticos distintos, de dos cerebros diferentes. ¡De ahí que sus detractores digan, en voz baja, que él compra a poetas pobres franceses, los poemas que edita! ¡Los que tal dicen o maldicen de Godoy, se olvidan, o no saben, que ningún poeta joven francés de hoy, sabría escribir en esos metros y rimas de los versos de Baudelaire, que escoge y usa Armando Godoy! ¡Los que tal dicen o maldicen no saben que ningún poeta joven o viejo francés, por decepcionados que estén, venderían sus poemas, sobre todo, si son poemas notables que puedan elevarlos a la gloria literaria! ¡Y los poemas que publica Armando Godoy, son de los que dan fama y gloria, y ningún poeta renunciaría por dinero ni a la gloria ni a la fama! ¡Los que tal dicen o maldicen, no saben que las gentes de letras en Francia, toman muy en serio su condición intelectual. Y no le firmarían prólogos plenos de elogios a los libros de Godoy, ni le concederían premios de honor que el francés estima en más que todo el oro que pudiera tener o dar Godoy. Sus obras *Triste et Tendre, Le Carnaval de Schumann* y *Hosanna sur le Sistre,* que acabo de recibir, son obras consagradoras, obras de gran poeta, que llenan una vida de lauros, y a una patria de honores! ¡Sobre las

Baladas y los Nocturnos de Chopín, ha tejido Godoy, rimas de una tristeza tan delicada que parece rodar sobre ellas la tarde con sus ópalos de melancolía, y la noche, con sus ténues crespones de tedio y de duelo! ¡Las imágenes que ha tendido a sollozar el poeta Godoy, sobre los Nocturnos de Chopín, son de una belleza que hace saltar las lágrimas al más seco y necio de los hombres!

Los negadores del talento poético de Armando Godoy, no saben que él fué siempre poeta desde su niñez, y que fué toda la vida un devoto de la música, y de Chopín, en primer término, por ser el músico de más corazón que ha producido el mundo. ¡No saben que Armand fué siempre un hombre triste, romántico, misterioso y amoroso de todo lo que representara o constituyera una excelencia espiritual! ¡Y así sigue siendo hoy, y así vive hoy, en su dulce retiro de París, amando las mismas cosas, sólo que ahora puede él cantarlas y vivirlas! ¡Hubo un paréntesis en su vida: durante el cual se hizo millonario! ¡Se dió cuenta a tiempo de que había de ser rico para seguir siendo poeta. Y se entregó a los números, a la prosa bancaria. Consideró que debía ser fácil para un hombre de talento hacer fortuna, cuando tanto estúpido la lograba! ¡Logró la fortuna en la cantidad que él se había fijado

como límite de sus aspiraciones. Y se marchó a París. Y le salió todo como él lo había planeado! ¡Un hombre que pudo hacer esto, que pudo hacer de su vida, a la hora que lo quiso, un financiero, va a estar ahora comprando poemas a jovencitos? ¡Bah! ¡Es estúpido urdir semejante patraña! ¡Quién hace lo que Armand Godoy hizo entre financieros de nota, figurando entre ellos como cabeza, está preparado para realizar toda obra de empeño, de belleza y de fuerza en la vida, porque posee el talento necesario para la obra! ¡Y con talento y calma, ya lo sabéis, se logra todo! ¡Es posible que esa prosa bancaria y el contacto con lo mercantil, influyera en su verso español y de ahí que todo cuanto hizo o publicó, que fué en los comienzos de su vida, se resienta de vulgaridad! ¡Y de ahí tal vez, que su verso español, careciera de finos matices y de excelencias sumas en la estructura! Además, sus lecturas de esa época, hechas de prisa y no seleccionadas, pudieron contribuír a mantenerlo en un plano de mediocridad. Pero, sale Godoy, para París, con una gran fortuna. Se olvida de los números. Se instala maravillosamente. Se rodea de grandes amigos y grandes libros, comienza lecturas que van abriéndole nuevos horizontes en un idioma nuevo que le llena de surcos el espíritu. Llega a dominar el francés. Hace vida de

santo varón en su biblioteca estupenda, bellísima, nutrida y selecta, cómoda, elegante y rica de todo: de libros, de cuadros, de bronces, de manuscritos, de mármoles, de bustos, de tapices, de recuerdos de grandes soñadores y de grandes libertadores. Allí el busto de José Martí, junto al de Heredia, más allá la página de Verlaine, escrita de puño y letra del poeta al dorso de una factura de vinos, o de una esquela de defunciones; más allá... una blanca sonrisa de mujer y unos cabellos blancos que hacen más bello su rostro, joven todavía! En semejante ambiente, quién no es un gran poeta? ¿En una atmósfera así, quién no escribe maravillas si se tiene, desde luego, el talento y el espíritu que ya tenía, Armand Godoy? ¡De un ambiente así, tenía que surgir la obra, que ha hecho Armand, en poco tiempo! ¡Y seguirá haciéndola, pésele a los que se la denigran por suponérsela ajena! ¡Allá, en su casa, todo está en armonía con sus gustos! ¡Nada desentona! ¡Su figura alta, prócer, grave y amable, está diciendo a todos, que el poeta está en su torre de marfil! ¡Su traje negro, su ancha chalina negra, su mirada profunda, vaga, están, diciendo en alto, que el poeta está antes que el millonario! ¡A su mesa no se sientan financieros, sino artistas, escritores, poetas, diplomáticos. Allí conocí a Don Miguel de Unamuno,

ese inmenso Don Miguel, entre otros grandes poetas de Francia y de la América. Recuerdo que Don Miguel, nos recitó una glosa en verso a las Golondrinas de Bécquer, que no he visto publicada, y que era de una gran belleza y de una gran ternura, tanto que se grabó en mí como una garra de luz!

¡Siga el venturoso romántico de la rue Raffet, cantando lo que antes tuvo que callar! ¡Siga, mi querido Armand, sordo a la injuria y atento y blando a toda hora de unción y a toda gran inquietud espiritual!

LA AMADA INMOVIL

Conocí al místico y seráfico rezador del *Exodo y las Flores del Camino,* frente a una joyería de la calle de Alcalá, en Madrid, alrededor del año de 1912. El poeta, alto, pálido, miraba la vidriera de la joyería. Le deslumbraba o le atraía la presencia de las joyas? ¡Quién lo sabe! ¡Después de todo, ninguna contemplación más de poeta que contemplar bellas joyas de terrenales artistas, cuando su hábito era contemplar los astros, que pule la mano de Dios, en los cielos azules! ¡Astros en la altura iluminaban sus horas de melancólico contemplativo, y joyas sin luz de Dios, en joyerías de mercaderes, electrizaban su atención en las vidrieras de Madrid! Acaso la noche, que lo ví contemplando, como un deslumbrado bohemio, esas ricas joyas, sería una de esas noches desoladas, en que agonizaba su pobre y noble Ana? ¿Se detiene delante de las luminosas vidrieras soñando con llevarle a su lecho de enferma, la joya más bella, como regalo de

novio o de hombre que ama y sufre, y quiere hacer sonreír a la que agonizaba entre sus brazos?

Me acerco a Nervo. Lo reconozco al instante. Lo saludo cariñosamente. — Nervo? — Bazil? ¡Nos abrazamos! ¡Nunca nos habíamos visto! Pero, habíamos cambiado retratos y cartas desde 1903, estando yo en Boston y él en su famoso México! ¡La primera vez que yo sentí un aliento de gloria, envuelto en la seda de los versos, me vino de Nervo, con el envío y la dedicatoria de *Exodo y Flores del Camino*. ¡Tenía yo diez y nueve años! ¡Era, el primer libro que un gran poeta me dedicaba! ¡Naturalmente, yo creía entonces en las dedicatorias, y creía que ellas reflejaban fielmente el sentir y el pensar de quien las hacía! Y esto, andando el tiempo, se agradece mucho. De ahí, que yo, siempre sintiera una viva simpatía por Nervo. Esta simpatía me llevó a seguir su vida y su obra.

La América, especialmente México, y Colombia, y Venezuela, han sido los centros de la poesía, durante mucho tiempo. ¡Pero, sobre todo, México! ¡Allí, culminaba la beatitud hecha rosa, hecha fuente, hecha poema en la *Hermana Agua;* allí, el cielo, era *Jardín Azul de Margaritas de Oro*. Nervo, era un ser manso, dulce, bueno, como un Francisco de Asís,

del verso romántico! ¡No tardó este gran rezador de la poesía callada, doliente y pura, en ser aclamado como uno de los más grandes portavoces del secreto del canto! ¡Traía un nombre, predestinado a la Gloria: Amado Nervo, es un nombre que quien lo viera por primera vez escrito, convencido quedaba de que era un nombre de fácil incrustación en la memoria, en la historia y en la gloria de los pueblos! ¡No se puede uno llamar Amado Nervo, y ser un imbécil! ¡Quién tal nombre llevare contrae una responsabilidad histórica!

¡Pues bien: no defraudó el poeta de México, su nombre! ¡Vida fué la suya de Amador y de nervioso abstraído, en la contemplación ascética del amor, que se humilla, porque no encuentra otra forma más armoniosa de consagración!

¡Pocas palabras hablamos en Madrid, la noche que nos encontramos! ¡Era día de Carnaval, en un loco Febrero. Y el poeta, sin duda, quería, cuando menos, llevarle a Ana, mentalmente, joyas y juguetes! ¡Yo ignoraba la existencia de esta buena hada francesa, que endulzaba las noches lóbregas del diplomático cantor de tanta bella y emocionada joya de sentimiento! ¡Pasan los años! ¡Un día, en la Habana, me entero que el poeta había muerto, en Montevideo, en esa capital en donde to-

da cortesía y toda excelencia, tiene su varón que la impulse y la presida. Allí murió, el egregio Amador, rodeado de flores, de perfumes, de luces, de caricias. Pasa su cadáver por la Habana. Se le rinden homenajes. Se le tejen coronas verbales. ¡Va, rumbo a su país el cuerpo del glorioso rezador del verso! ¡A poco, cae en mis manos, el libro póstumo del cantor, que sabe que la vida, sin un gran amor, es una gran majadería estéril. Este libro, como todos sabéis, se llama *La Amada Inmóvil*. Está escrito y dedicado a su compañera, la dulce francesa Ana Cecilia Luisa Daillié, ¡con quien pasó diez años en sublime comunidad espiritual! ¡Murió Ana en Madrid! A ella son estos versos:

POBRECITA MIA

¡Bien sé que no puedes,
pobrecita mía,
venir a buscarme!
¡Si pudieras vendrías!
Acaso, te causan
dolor mis fatigas,
mis ansias de verte,
mis quejas baldías,
mi tedio implacable,
mi horror por la vida.
¡No puedes traerme consuelo!
¡Si pudieras, vendrías!
¡Qué honda, qué honda
debe ser la sima

donde caen los muertos,
pobrecita mía!
¡Qué mares sin playas,
qué noche infinita,
qué pozos danaideos,
qué fieras estigias,
debe separarnos de los que se mueren
desgajando en dos
almas una misma,
para que no puedas venir a buscarme!
¡Si pudieras, vendrías!...

En Julio 11 de 1912 fecha, esta poesía, en Madrid, el augusto y emotivo rezador máximo de la poesía de América. Positivamente, fué en ese mismo mes, cuando yo me lo encontré en Madrid, frente a una joyería. ¡Ana estaría ya, enferma del tifus que se la llevó a la eternidad!

El poeta, ahora me lo explico, había salido a beber aire y sueño y alivio y optimismo, y se detuvo, como atraído y llevado de la mano, de la mano de la poesía que aspira a ser bella y a ser buena, junto a una vidriera de vil mercader. ¡Pobre gran desconsolado que no pudo llevarle joyas aquella noche a la que se moría de amor! ¡Esta historia, es toda la pena que ha cantado Nervo, y que el magno poeta arrastró en silencio unos años después. Sobre este libro — el mejor relicario de dolor y de amor, que pueda caer sobre mano alguna en la tie-

rra — han llorado sus amores muchos hombres, y han destrenzado sus tristezas, sus suspiros, sus dolores, muchas mujeres! ¡Dios bendiga a este santo varón de lira melancólica, humanamente amatoria, que hoy reposa en la soledad de un cementerio de su país! ¡Y le cubra su fosa con el fresco laurel de los que han merecido el cielo, porque dieron el corazón, al "Padre Nuestro que está en los cielos". Y lo dieron también a la mujer, cuando los ojos de ella morían y besando la imagen sagrada de la muerte!

JULIO FLOREZ:

¡LA OBSESION DE LA MUERTE!

Ningún poeta tan obsesionado con la idea y la imagen de la muerte, como Julio Florez, el gemebundo trovero colombiano! ¡Todos los aedas, de todos los tiempos, han sentido la fatídica atracción de la muerte y la han cantado con más o menos sinceridad. Unos la han injuriado, la han increpado, otros la han temido. Pero Julio Florez la ha amado, la ha deseado, la ha bendecido como a una novia sacra, mágica, fantástica! ¡Como si fuera una sirena embrujadora, atraída por la barca de ritmos lúgubres de su poesía!

Se pasó la vida Julio Florez, cantando la Muerte, en mil tonos distintos y en todos los instantes, aún en aquellos en que parecía su lira atraída por algún fugaz amor terrenal! ¡En plena juventud cuando cosechaba el cálido aplauso de su país, tuvo que jurarle a su madre anciana, solemnemente, que no

se suicidaría! ¡Este juramento le impidió su gran deseo de tronchar con su mano la flor de su vida! ¡Fué grave este juramento y fué hecho en formas y circunstancias patéticas! ¡Además, Julio, tenía una veneración casi mística por la buena anciana que le dió la vida, y se impuso el sacrificio de vivir mientras ella viviera! ¡Y así fué! A poco de ella morir, no tardó su vida en bajar al sepulcro, roída su entraña por un cáncer! ¡Había sufrido tanto, que cuando rodó a la tumba, lo que encontró la muerte fué una sombra de entraña rota, por la cual se escapaba un dolor que apenas si latía, por que ya estaba casi seco, casi muerto desde hacía ya mucho tiempo!

¡Su obsesión de la muerte, era enfermedad, neuropatía insólita que le llevó a usar calaveras grabadas en los botones de la camisa, en el alfiler de corbata, en la cartera, en el puño del bastón, en la leopoldina del reloj, y sobre el reloj mismo! ¡Este gran plañidero del verso, era un osario andante! ¡De no haber jurado a su madre, se habría quitado la vida, a raíz de la muerte trágica de José Asunción Silva, al pie del sepulcro de ese misterioso suicida, elegante y fino artífice, que esculpió el más desolado y espectral Nocturno, que ha herido la faz de la Poesía, y que ha conmovido el corazón de la noche de todos los tiempos. La tra-

gedia de la muerte de Silva, arrastró a Julio a la obsesión de la tumba. Desde entonces, la palabra que más usó en sus versos fué la palabra "fosa". ¡La madre se alarmó y lo llamó a su lado a jurarle en silencio que viviría! ¡De ese juramento brotaron aquellos magníficos rosarios de sonetos que él tituló *Altas Ternuras*. Pero, si bien respetó su vida, no olvidó un solo día de deshojar su pensamiento ante el ara de la Muerte, en versos que eran loa penetrada de un aroma de fervores íntimos! ¡Jamás olvidó que la llevaría sobre su corazón, como una bella novia cargada de reliquias y de flores! ¡Cada estrofa era un ramo fúnebre. Cada imagen literaria era un cirio, un lampadario, en el gran funeral de su lírica quejumbrosa!

Una vez cantó:

¡"Todo nos viene tarde, hasta la muerte!"

El taciturno cantor se inquietaba por la tardanza de su hada lóbrega! Envejecía. Y se recluyó en una aldea de su patria colombiana, no sin que de vez en cuando, fuera a Bogotá, a diluír sus ofertorios sentimentales, hasta que un día se supo que había muerto!

La crítica no ha sido justa con su obra de poeta que puso más corazón que arte, en su producción! Su corazón era como una

gran rosa negra que suspiraba en sus poemas sin que le preocupara otra cosa sino el sentimiento. Pero por el corazón se salvará, cuando la crítica rinda sus fallos ante la revisión de los valores poéticos colombianos! Y le tributará entonces los honores que merece su infortunio expresado en rimas de un amargor trágico, y en cantos de un sentimiento tan galante, tan fervoroso para el amor y para la muerte, que no lo podrá despojar de su condición de gran poeta! Es un gran poeta, quien, ante la presencia de la madre anciana exclama:

¡Todavía el dolor era en su frente!
Se humedecen sus ojos todavía.
Sus ojos ¡ay! donde también el día
¡tembló como en las cumbres del Oriente!
¡Tiemblan las tempestades en mi frente,
cuando los dedos de su mano fría
se hunden temblando en la melena mía,
y amorosos la erizan blandamente.
Yo la adoro, la adoro sin medida,
con un amor como ninguno, grande!
¡Grande, a pesar de que me dió la vida!"

Y como esta perla hay varias en su obra de trovador, en la cual abundan bellas estrofas, gemas, adelfas, lirios de emoción, que entrarán un día, triunfales, en la gran Antología Americana!

LA BONDAD DE JESUS CASTELLANOS

Este buen Jesús era, un noble varón que predicaba el optimismo, que predicaba la dulzura, que cultivaba la rosa blanca! Si hubo alma bella, pensamiento noble, pura intención, fué la suya desde su primer contacto espiritual con las letras hasta que cerró los ojos para siempre jamás!

¡Su breve misión literaria y crítica, dejó un rastro de bondad imperecedera en los anales de las letras cubanas. Sus folletones críticos de *La Discusión,* sus *Cuentos,* sus *Novelas,* sus *Conferencias,* proclaman la excelencia de su espíritu, ávido siempre de toda luminosa inquietud intelectual; y dicen de la excelencia de su vida, noblemente dedicada al estudio y al cultivo de su personalidad de *hombre de letras*, en el sentido cabalmente francés, de esta expresión, que reclama dedicación, devoción, pureza, fe y cultura. Religión del arte, *"misión"* literaria y soberana idealidad artística! ¡Fué breve su misión, pero ajus-

tada a las normas del más puro principio literario, y fué sana y limpia como su vida!

Bien podríamos llamar a Jesús Castellanos medalla de la juventud intelectual cubana, por el magno brillo que tuvo su inteligencia, por el innato fulgor de su gran espíritu, por lo bien que plasmó su personalidad, por la paciente ordenación de su sólida cultura, por el noble propósito de arte, que iluminó su paso por la tierra!

Sin odios, sin hiel, sin envidias, sin pequeñeces, así vivió su vida, y así realizó su obra de escritor que interrumpió una prematura muerte — ¡qué no supo ella, en su ciega y torpe descarga de sombras, lo que hería y abatía en su seno tenebroso! ¡Hería y abatía la muerte esta bella flor de juventud; abatía la medalla de una generación, la aurora de una gloria, llamada a ser lábaro, guía, sol!

Un día la fatiga mental lo unió a mí, y nos fuímos a un virgiliano pueblo de provincia. Allí, supe yo lo bueno que era su corazón, lo limpia que era su conciencia, y lo niño que era en el amor. Allí, las sonrisas, los llamamientos secretos que duermen en el fondo de las pupilas femeninas, lo atraían! Mas, él no se atrevía a recoger ésos llamamientos, que su celebridad provocaba, porque la novia pobre y buena lo esperaba. Y su recuerdo era sagra-

do. Era novio fiel. Lo fué también de las letras. Su fidelidad era candor que le venía de lo limpio de su corazón!

En ese pueblo descubrió Jesús, en el Hotel donde vivíamos, a un viejo noruego, amigo íntimo de Ibsen, con quien mantenía correspondencia. Siento haber olvidado el nombre de este personaje. Cuando Jesús, tuvo entre sus manos una reciente carta del gran dramaturgo, dirigida a su amigo, la emoción de Jesús, era como si le hubiese caído un lucero en la frente!

Cómo había ido hasta aquella aldea escondida el viejo nórdico? ¡Nunca lo supimos! Debió ser personaje interesante cuando se carteaba con Ibsen, y estaría en esa aldea cubana de incógnito, curando su estómago de lobo de mar, arrojado selva adentro, por alguna facultativa y rara recomendación. El noruego desapareció en la mejor de nuestras pesquisas, cuando nos preparábamos a saberlo todo.

En la aldea mejoró la neurosia de Jesús y la mía, y regresamos a la Habana! La personalidad de Jesús iba en aumento de día en día, hacia el logro de una producción definitiva ¡Su plan de novelas criollas le hubiera puesto en la cumbre de los novelistas de América! A él no le importaba sino América. Era

medularmente americanista. El creía que Cuba, debía deshispanizarse totalmente. Lo que ha hecho la Argentinidad, eso era lo que él quería para Cuba: la Cubanidad! ¡Tal era la bandera que paseaba su palabra, por el ámbito de las letras! ¡Pero, esto lo hacía sin atisbos de rencor, sin asomos de odio. Esto lo predicaba con una profunda pero dulcísima convicción! ¡Era un apóstol que mantuvo siempre una clara sonrisa en los labios, y una serena y lánguida luz en los ojos!

Cuba, perdió con su muerte uno de sus valores más positivos de su juventud creadora! ¡Perdió una de sus fuentes de reserva espiritual más bellas y más puras!

¡Encontrábame yo en Europa, cuando supe su muerte y me nubló el espíritu la nueva infausta! El dolor arrancó a mi lira este soneto que escribí entre lágrimas:

A JESUS CASTELLANOS

¡No comprendo estas cosas de la Naturaleza!
Estas cosas fatales, amargas y crueles
niegan con su presencia la suma de pureza
que vemos en el cielo los espíritus fieles.
Verdad que no fué bella ni fué buena contigo
esa madre de todos los seres y las cosas?
rompiendo así tus lauros, rompiendo así tu abrigo,
cuando todas tus naves eran llenas de rosas!
¡Mi buen Jesús, mi pobre Jesús, ya te has ido

en la onda que se borra sin estruendo ni ruído!
¡Dios, que estás en los cielos, si eres todo piedad,
por qué lo permitiste? Si él era como esencia
de tu bondad callada. Si su dulce presencia
era como milagro de tu propia bondad!

LAS ANTILLAS CANTORAS

Cuando la iluminación profética de Don Cristóforo Colombo, dilató los dominios de una fé y de una raza, en las aguas del mar Caribe, agregando a la Corona de España, las perlas de las Antillas, tal vez no presintió que más que perlas de la Conquista, serían estas tierras conchas para encerrar la emoción del canto. ¡Más que a la Conquista pertenecían estas islas a la Poesía! Apolo, reinaría en ellas más que Isabel.

Las tres islas de abolengo español—Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico—serían andando el tiempo, veneros cálidos e inagotables de poetas, que aportarían una suma cuantiosa de dignidad artística al acervo común de la literatura española! En la ardiente lírica de las Antillas, abunda el tema de amor. Sé de quienes menosprecian esa frecuencia erótica en las liras antillanas, y sé de quienes las califican de cursis. Las preferencias por los temas venusinos pertenecieron, por igual, a las liras de to-

dos los países y de todas las razas, sobre todo, durante el apogeo del romanticismo, y en la hora de la vehemente eclosión de los idilios juveniles, bajo todas las latitudes.

El cultivo de este género de poesía, sentó plaza en las Antillas durante el desbordamiento romántico, y bajo la aciaga y larga tiranía que sufrieron! Yo quiero que me digan los detractores de la poesía amorosa, qué gran momento poético se ha producido en el mundo espiritual de los versos, de esos que la humanidad repite y venera, sin el concurso del amor! En toda suprema creación de arte, el Amor y la Amada, han sido el elemento decisivo, principal, del triunfo que les ha abierto a los autores, las puertas de la Gloria!

Ciñéndome sólo, ahora, a la poesía erótica antillana, diré que para encontrar las verdaderas fuentes de la poesía en estas islas, hay que llegar a las liras cubanas, heridas de amor inconsolable, de Juan Clemente Zenea, de Luisa Pérez de Zambrana, de Juana Borrero, de Bonifacio Byrne, de Julián del Casal, de René López, de Nieves Xénes, de José Manuel Poveda. Y en la de Gertrudis Gómez de Avellaneda, cuando cantó, el abandono del ser amado! En su poesía *Amor y Orgullo,* la ilustre cantora de Camagüey, alcanzó la nota que más perdura de su vida de poetisa! Y Juana

Borrero, la novia divina y genial, ardiente y casta del poeta Carlos Pío Uhrbach, en su poesía *Intima,* alcanzó el dominio de la eterna emoción poética.

Así, Juan Clemente Zenea, con su *Fidelia,* inmortal!

El amor es la razón de la vida, la suprema razón del mundo! Cómo no lo ha de ser también del Arte? Para hallar en Puerto Rico la poesía en su fuente verdadera, hay que llegar a José de Diego, y oir su Epístola a Laura. La historia de esta Laura es desgarradora! Fué ella la musa de su juventud, fué la novia del estudiante, la musa que encanta, la novia que besa! El poeta vivía en Madrid, atormentado por la nostalgia, por el retorno, por la promesa. La ausencia no fué niebla ni hielo esta vez. Voló el poeta a Puerto Rico, a contraer nupcias. Pero Laura ya era de otro hombre. Le había traicionado y no se atrevió a escribírselo a España. El poeta dió entonces al corazón de la noche todo su corazón sangrante en la *Epístola,* y en la errante y noctívaga marcha de las lágrimas del primer amor, hecho pedazos! La historia es vulgar y se repite. Pero cuando la sufre un hombre de superior espíritu, y que a la vez, tiene debajo del brazo una gran lira, la cosa es para cerrar los ojos y oir como ruedan los divinos rompientes

del más hondo y delicado sentir sobre la vasta noche. Pues bien: esta Laura de Borinquen, andando el tiempo, perdió la razón y en una celda de un manicomio, un día agonizaba! De Diego no la había olvidado nunca, a pesar de que otros amores vinieron a su vida. Laura, era su dolor. Su verdad emotiva. Y corrió al manicomio a verla morir, a hacer algo en bien de ella. Y cual no sería su sorpresa al oir que aquella loca, en el momento de morir, recitaba la *Epístola,* que él le escribiera repudiándola y maldiciéndola!

De Diego, que me contó este episodio, me dijo que lo que sintió en ese momento oyéndole a Laura, recitar aquellos versos, fué la mayor emoción de su vida. Sintió un deseo desbordado de pedirle perdón, mezclado a un ruego sin límites a Dios, para que la salvara de la muerte y que de haberlo oído Dios, su vida toda la habría entregado a aquella loca, que era la suprema razón de su existencia!

Por eso, cuando murió y alguien escribió que De Diego, era o había sido su amante, enfurecido él por este agravio, quiso matar o cortar la lengua al miserable. Y escribió una inmortal poesía titulada *Póstuma,* donde alcanzó su lira proporciones de un gigante del verso puro, olímpico, dignísimo! En el momento final de esta poesía, el poeta va al Ce-

menterio y sobre la losa de la amada muerta, jura, como una demostración de la inocencia y de la pureza de Laura, y como único tributo digno de su memoria, continuar la empresa espinosa y dolorosa de consagrar su vida al ideal de la independencia de Puerto Rico, para llegar un día, a tender sobre su tumba, la bandera de la patria libre, como la ofrenda más pura de su amor! Pero, la muerte, le detuvo en medio de su vía-crucis de redentor!

Lo veis? El amor haciendo siempre héroes, apóstoles, santos y libertadores! Todo lo ha hecho el amor en el mundo! De su fragua ha salido el arte, la libertad, la fé, la poesía! Todo lo que nos honra y nos eleva y nos hace partícipes de la ideal substancia de que salen los dioses y los mártires!

En cuanto a Santo Domingo, la poesía está en los versos de amor de Fabio Fiallo, de Apolinar Perdomo y de Enrique Henríquez!

¡Islas predestinadas al canto: seguid siempre cantando el amor, ante todo! Y no olvidéis que el purísimo José Martí, decía: "que sin amor de mujer no hay gloria completa de hombre"!

VALORES OLVIDADOS

Seis de la tarde! Desde mi silla del Hotel, contemplo el incesante ir y venir de gentes atraídas por el Cine! Es curioso contemplar a estas gentes movidas por tan poca cosa! Salen todos como aturdidos por el humo de un hastío! Prefiero el hastío a plena luz, al aire libre, removiendo en mi espíritu las nubes de oro y azul de las viejas memorias! Hay un deleite en recordar, en revivir lo de ayer, en tener junto a uno el pasado, como embridado, como sujeto a la mano de uno. ¡Qué bien se pasan así las horas, poblando la mente de las mariposas de la infancia o de las nubes de los crepúsculos que pasaron junto a seres y cosas que nos fueron gratas! Mientras veo este ir y venir de gentes saciadas de Cine, patéticamente aburridas, estrepitosamente sudadas, pienso en la falta que hace que por algún medio se consiga reparar del olvido que envuelve los nombres que más glorias dieron al arte en Cuba. ¡Es horrible pen-

sar que nadie piensa en lo que ayer deslumbrara con su genio o con su elocuencia o con su sentimiento! Se debe inventar algo contra el egoismo que mancha el espíritu y ensordece el corazón! Vivir sin el recuerdo, sin el conocimiento de otras vidas, es vivir en pecado de ingratitud! Todo esto lo pienso y lo digo recordando al Conde Kostia, frente al ir y venir de gentes en las cuales paréceme descubrir que ignoran por completo quién fué aquel varón ilustre en las letras cubanas. Nadie lo nombra, nadie lo recuerda. No veo en la prensa su nombre. Paréceme que el olvido lo ha deshecho en un súbito deshielo. No hace diez años que ha muerto y se siente ya como si su muerte datara ya de medio siglo. ¡Me inclino ya a creer que el trópico es un monstruo que carece de memoria y de gratitud!

El Conde Kostia, fué la prodigalidad en el elogio. Fué una brillante pluma que elogió todas las mañanas la flor del día. Muchas veces estas flores eran de papel, pero su generosidad y su brillo de orfebre del ditirambo genial, las convertía en flores con aroma y colores naturales. ¡Todo lo que pasaba por su pluma se consagraba,, se ungía de gloria, se dignificaba! Y, sin embargo, este hombre muere y con la última paletada de tierra, comienza el olvido sobre su obra y su vida que

llenó en España, y en América, medio siglo con su deslumbrante pedrería ideológica, con su copiosa producción literaria, con su aporte feliz al teatro, a la lírica, a la crítica, a la crónica!

Imprimió poemas como "Melancolía", como "Los Vendedores del Templo". Se sabía todo Hugo y todo el Dante de memoria. Se sabía de memoria todo el siglo de oro español. Y nada griego o francés o latino le era desconocido.

Una noche nos maravilló a todos poniendo delante de nuestros ojos al sol de media noche de Noruega, en una conferencia. Nada de esto vale para salvar su personalidad, en la generación presente, del olvido que cerca ya su nombre y lo cubre ya, a los pocos años de ser uno de los más ilustres y preclaros desaparecidos de la mentalidad cubana?

El, que vivió dándose entero a la vanidad de los otros, tejiendo a diario, coronas a Benjamines de la mediocridad y a tantas pobres máscaras del tinglado de la oratoria o de la retórica, no tiene hoy, como recompensa, ni la gratitud de esos a quienes él dió vida en el calor de su abundosa mansedumbre crítica!

¿De qué valdrá el elogio? ¿De qué valdrá

el diario asilo que da un afamado escritor, si no sirve ni para llenar de flores un día al año, las manos, y cubrir la losa que pesa sobre las cenizas del dadivoso estupendo? ¿De qué valdrá el pacto con la mediocridad? ¡El olvido niega que sirva de algo pasar toda una vida entera tallando bustos y cincelando medallas y esmaltando medallones y camafeos, en bien de oradores, poetas, actores, políticos y de personajes que sólo valen como exponente cómico de lo bien organizada que anda la vanidad por este mundo mísero!

Aniceto Valdivia, era una noble institución habanera. Un elogio de él era un pase para la nombradía, para la popularidad. ¡Este hombre vivió con las manos llenas de elogios, sin creer jamás en la virtud que regalaba. Tal era de hondo su escepticismo, tal era de profunda su descreencia de todo. ¡Así se gozaba su ironía, haciendo a los demás felices, ahogándolos en su catarata ditirámbica! ¡Pero, es que, por encima de este aluvión de efímeras ponderaciones, vuela su gran fantasía creadora de arte, y corre el río de oro de su inmensa cultura! ¡Y, sin embargo, se olvida por igual lo falso y lo verdadero, que adquiría vida en el esplendor inusitado de su pluma

candente, hervidero de metáforas, en el estrecho espacio de una cuartilla!

Cada vez que desaparece un hombre superior, me pregunto: qué tiempo tardará en cubrirlo el olvido? Y echo sobre unos y otros mis cálculos y no fallo! Pero, confieso que sobre el Conde Kostia, erré el vaticinio. No creí yo que tan a escape viniera la mano del olvido a cerrar la fosa de este panegirista inimitable. Injusta es la madre Naturaleza, que no sabe recoger o defender del olvido la luz que puso en los cerebros y en el acervo de ciencia que aglomeró en un entendimiento de selección!

Cada vez que desaparece un gran espíritu, suelo interrogarme a mí mismo: a dónde irá toda la excelencia mental o artística acumulada en él? Se perderá en el espacio o en la nada, la ciencia y el arte, que alumbró su vida? ¿Siglos de cultura localizados en un hombre tendrán por tapa la losa que cubre para siempre sus restos mortales?

¡Si es mandato de la naturaleza que todo quede deshecho en un deshielo de Olvido, habrá que darle la razón al ilustre poeta Gamboa, muerto en un hospital de Costa Rica, y recordar ahora, la estrofa que dejó escrita con lápiz en la pared de su cuarto de tísico mori-

bundo. He aquí la bellísima y amarga queja final del cisne americano.

¡Tanto luchar con el destino en guerra!
para hallar, cuando todo ha concluído:
¡una mísera tumba que se cierra
con un poco de tierra
y otro poco de olvido!

ESPIGAS DE SOLEDAD

¡El arte no es definible ni dosificable! Si lo fuera estaría a la venta en las farmacias. ¡El arte, no es bueno ni malo, ni útil ni feo, ni viejo ni joven! ¡Del arte, como del corazón, parten todos los sentimientos, y sale la belleza, como la sangre, a regar todas las arterias!

Late en la entraña del arte, la belleza, que irradia de su centro la emoción de la eternidad!

¡De todo él se desprende una sutil fuerza, a manera de luz, que lo mismo cabe en un estrecho cofre de sándalo y oro, que en un vasto templo! ¡Es una su esencia y una su potencia! ¡Se encuentra en una línea o en una sola página de un largo libro! ¡Y, otras veces está en todo el libro! ¡A veces, está en todo un cuadro, como otras veces en solo una pincelada o en el logro de un color. Definir el arte ha sido un vano y lejano empeño de la humanidad!

¡Artistas y sabios, críticos y filósofos, han

fracasado en cada nuevo intento de definirlo, de encerrarlo en una nueva fórmula verbal!

La naturaleza, parece que es contraria a las definiciones. Y el arte es un *elemento de la naturaleza*, como el agua y el sol!

Todo lo que insiste en no querer salir del fondo de la conciencia, es lo verdadero, en el sentimiento del hombre. ¡Hay quienes se pasan la vida guardando la virginidad de un secreto, para entregarlo a la muerte! Tan oculto y tan hondo lo guardan que si alguna vez viene a la memoria, se estima como una traición del pensamiento.

La inteligencia es una fuerza que nos hace ver de cerca la realidad de las cosas! ¡Pero el talento es una gracia de Dios, que nos permite dominar de cerca y de lejos esta realidad! ¡La inteligencia y el talento, es cuestión de cristales, de óptica superior. La inteligencia, como los simples cristales, sirve para ver de cerca y de lejos, como los bifocales!

¡Gracias a esa óptica providencial y divina, la humanidad no anda a tientas, y a oscuras, dentro de su charco inmenso!

¡Al enemigo, trátalo! ¡Aunque te duela, aprende a tratarlo! ¡Tenlo cerca de tí, aunque te lleve el Diablo! ¡De lejos, todo el campo será suyo para hacerte daño. ¡De cerca, no! ¡Esto es, si quieres vencerlo, dominarlo, neutralizarlo en su obra de mal, hasta destruirlo! ¡Los toreros—está ya dicho y sabido de antiguo—mientras más se arriman a los cuernos, menos peligro corren! ¡Lo propio ocurre con los enemigos!

¡No siempre el amor es el que encumbra! ¡El odio, a veces, resulta un aliado inconsciente pero útil, que conviene tenerlo en cuenta, sin menospreciarlo! ¡No siempre es cierto que el odio es estéril, lo que sí es verdad siempre es que es vil!

Cuando el odio no deja en paz a un individuo, termina por engrandecerlo! ¡Acaba por servirle de pedestal! ¡Después se da cuenta de ello y quiere disfrazarse de amor para derribarlo, pero ya es tarde! ¡El brazo del odio ha sostenido en pie a míseros muñecos que iban cayéndose! ¡Otras veces ha servido de columna a hombres irradiantes que han apurado la cicuta! ¡Y entre tanto, ha venido el amor, aunque tarde, a bañar de luz la corona de espinas, que el odio había sosteni-

do haciéndole un servicio al amor, que así pudo elevar su ofrenda hasta lo más alto!

El brazo del odio se ha encargado muchas veces de una función piadosa, sin proponérselo, porque el odio carece de propósitos nobles; ha salvado a muchos de caer en el olvido a perpetuidad. Y ha levantado una que otra losa horizontal para hacerla perpendicular.

¡El odio tiene también sus éxitos! ¡Sus victorias! ¡Hay quienes viven de él y giran en blanco y les son pagados los giros... Porque el odio es, aunque vil, buen pagador. Es un lacayo que cuando encuentra al amo, le sirve de todo, hasta de pedestal!

FACETAS TROPICALES

La noche se ha hecho para mentir. ¡Para la bella mentira del amor!

Hay doce verdades y doce mentiras. Las primeras corresponden a las horas del día; las segundas corresponden a las horas de la noche.

¡La noche es el manto natural del engaño! Bajo las estrellas, bajo la luna, los hombres se complacen en sacar a la luz la parte de mentira que llevan dentro.

Por eso son de noche las confidencias efusivas, las promesas, los juramentos!

¡Los labios que mienten escogen la noche! ¡Como que saben que de día el sol les descubriría el color y el sabor de la mentira!

La mentira no tiene miedo de noche, en el manto de la oscuridad, se atreve a escalar ventanas y violar muros. Y juega a ser Don Juan, juega a ser Romeo o juega a ser Mosquetero.

¡Pero, bajo el sol, la verdad se impone. Con el sol no se juega, con la luna, sí!

Los enamorados, los románticos, los malhechores de todos los tiempos, de todas las latitudes prefieren la noche para sus aventuras y sus fechorías!

Los raptos, las bodas, las lágrimas sobre los eternos "te quiero" escogen la noche como ambiente propicio y natural.

El sueño, que es una muerte de mentira, o una mentira que juega a la muerte, ha establecido su reino en la noche.

¡El tálamo nupcial prefiere también la noche. Sobre las muñecas de la ilusión amontonadas sobre el tálamo, la mentira se corona reina y ata y desata castillos!

Hay doce verdades y doce mentiras. La noche sabe esto y lo sabe el día. Porque la noche sabe que las mentiras le corresponden, de ahí que sean de noche los sueños y las estrellas también!

De ahí que la luna abra de noche su monótona mentira blanca, que tanto atrae a las fantásticas sirenas y embriaga tanto a los poetas, seres predestinados a toda clase de mentiras. De ahí el eterno canto a la luna y la eterna endecha al lago. De ahí que los bohemios declaren a la noche su amada preferida. ¡Nada tan mentiroso como un bohemio!

¡Cuando comen, antes de la media noche ya tienen sueño y se van a casa y generalmente siempre comen. Y entonces no les importa el manto azul del cielo estrellado!

Bajo el sol, las verdades desfilan desnudas! ¡Bajo del sol crece el trigo, crepita la espiga, suda la hoz, canta el gallo!

La verdad de la vida quiere ver donde pisa. No prefiere el misterio de las cosas. Quiere abrirse paso y se lo abre, tal la simiente que florece y se dora bajo el sol! ¡El día sabe todo esto muy bien. De ahí que los cadalsos, los entierros, los combates, sean de día!

¡La tierra no se abre el vientre para recibir la verdad de la muerte, sino bajo el ojo del sol! ¡La tierra, al abrir hueco en su seno a la muerte, no quiere que la luna tome parte en esta grave función que realiza! ¡La pala que echa tierra sobre una fosa abierta afirma una verdad sobre otra verdad. La verdad de abajo, no quiere la mentira de arriba!

El día se ha hecho para que los seres se enfrenten unos a otros.

Bajo el sol no es fácil al rostro humano realizar con éxito la comedia de la simulación.

Los afeites sólo tienen éxito de noche. De día están en ridículo.

El engaño tiembla de día.

A la mentira se le entrapa la lengua, si la obligan a salir al sol!

No os habéis dado cuenta de que de noche es cuando sentís, a veces, la necesidad de caer en el engañoso coloquio, en la confidencia imprudente, en la revelación innecesaria, en el engaño amoroso y en la falsa alianza del vino y en la más falsa aún del juego? ¡Es que soís víctimas del influjo, del sortilegio de las doce mentiras que carga la noche! ¡El genio que vaga por las noches os da a beber su opio nefasto y os hunde en su pérfido hechizo. Y desata, entonces, vuestras lenguas y vuestra sed de fantasías! ¡Y, entonces, mentís! ¡Y os llenáis de humo de felicidad, de humo de fortuna, de humo de gloria y de vino! ¡De toda esa turbia cadena de humos, no queda de verdad la más leve huella, al salir el sol. El descubre el rostro a la mentira y os anonada con la verdad de los hechos. El sol es *facista.*

EL POEMA DEL PUERTO

UNA vez tus ojos se llenaron de dulzura para decirme adiós! ¡Recuerdo que se clavaron en mí por sobre los pañuelos y las lágrimas, mientras yo deshacía en cálices de bruma la pena de partir tan lejos!

Desde lo alto de mi tristeza, te agradecía, en silencio, esas primeras miradas que tus ojos me daban en el mundo. En qué fuente furtiva o lejana, llenaste tus ojos de esa dulzura que yo jamás había visto en otros ojos de mujer! Yo estaba inclinado sobre la borda del barco. Tú estabas en el muelle entre una bandada de alegres amigas. Sólo yo sabía que tú estabas allí para despedirme, sin tú quererlo tal vez, ni yo esperarlo!

El barco comenzaba a separarse lentamente del muelle. En ese instante, parecíame ver como si el cielo, el mar, el puerto, se llenaran de un vívido aleteo de palomas blancas: era que tú seguías mirándome por sobre los pañuelos y las lágrimas.

Me fijé en tí por sobre todas tus amigas. Y, como si tú sola estuvieras en el muelle, no veía yo nada más que las dos cuencas hondas, profundas, de tus ojos suplicantes, de cuyas órbitas oscuras, parecíame ver salir un raudal de alas que volaban asustadas, de un lado para otro, hasta rodear mi pecho trémulo. ¿Qué buscaban esas alas cerca de mí? ¡Asombradas iban de un lado para otro, como si algo suspirante se ocultara tras de ellas, algo cuyo paso las obligara a descender, sin romper la ágil blancura vívida que le servía de nave en el espacio y de nido en el puerto!

Tus miradas seguían cayendo sobre el barco, sobre el mar. Y eran cada vez más hondas, más largas, más dulces, como mirada de hermanita que sufre por que no puede detener el barco.

Yo estaba penetrado del encanto del puerto, del mar, del cielo, que se cubrió todo, por todas partes, de palomas blancas! ¡Y en medio de todo aquel blancor errante y trémulo, algo que parecía como un breve triángulo rojo, se escondía entre esas alas. Era tal mi encantamiento que no comprendía lo que veía ni oía nada. Estaba embrujado en el hechizo que se iluminaba en tus ojos. Y pensé que era un milagro que se había producido en aquel

momento y había tomado la forma y el color de un breve triángulo rojo!

¡Bienaventurado sea el instante de no ver ni comprender el misterio, cuando en él luce la felicidad de un instante!

¿Qué pasaba en tus ojos? ¿Qué ocurría en tus miradas? ¿Qué divino espectáculo de misericordia o de robo de estrellas, ocurría en tus ojos!

¿De dónde hubiste esa dulzura? ¿De qué azul la separaste, de qué rosal la desprendiste?

¿Te dolía, acaso, la tristeza de mi rostro? ¿Acaso sabías tú del odio que me expulsaba de mi patria? ¿Y quisiste recompensarme de tal suerte, volcando sobre mí ese mundo de alas blancas que salían de tus ojos? ¿Qué sabías tú de mi vida, para que cada mirada tuya fuera sobre mi carne como un dedal de sándalo votivo?

El barco ya estaba bastante lejos del muelle. Apenas te veía desde la borda del buque, como si ya tú sólo fueras una sombra esbelta y diáfana de tí misma. Tú eras para mí en ese instante como un breve tallo pálido que se desvaneciera en una nube azul.

Y no te ví más. De pronto creí divisarte como una medallita de oro de un viejo relicario que se perdiera en el encaje suntuoso del

crepúsculo. Entonces, distraídamente, como quien no sabe lo que hace, me llevé la mano al pecho, me froté los ojos, me sequé la frente. Miré a mi redor, miré al cielo, al mar azul, cantor! Entonces fué cuando comprendí, cuando ví, que aquello que juzgué un milagro con forma y color de un triángulo rojo, que tus miradas llevaban de un lado para otro, ¡era mi corazón!

Hoy se me ocurre una pregunta sin importancia: ¿qué has hecho tú de aquél pobre corazón embelesado que cayó cautivo en la red de tus miradas, una tarde, hace ya tiempo, en un puerto, que parecía todo lleno de palomas blancas?

Mientras te atrevas a responder a esta pregunta, yo estaré mirando una y otra vez, durante todas las tardes, hacia aquel lugar del puerto, donde tú estabas de pie como un tallo de luz, mirándome por sobre los pañuelos y las lágrimas!

SEVILLA Y LOS POETAS DEL TROPICO

La influencia de Sevilla, en los poetas del Trópico, es evidente, al través de la historia de la poesía tropical. El alma de esta poesía está llena de las esencias de los patios sevillanos.

La obsesión de la reja tembló durante mucho tiempo en las cuerdas apasionadas de los troveros tropicales. La visión y la emoción que arrancaba más abundantes notas en las liras, era siempre la misma: la novia misteriosa, tras la reja, prisionera. La amada tras la enredadera florecida, en la alta noche, en espera de la canción que sube hasta ella, por entre las flores, como una queja cálida, pidiéndole un rizo de sus cabellos o adulándole los ojos lindos y húmedos, fué de lira en lira, tejiendo el alma de la poesía, en los poetas del Trópico.

Junto a la obsesión de la reja, brillaba, o lucía también, la obsesión de la fuente. Siempre el agua de una fuente enviaba, bajo un claro de luna, sus madrigales a la desdeñosa, a la esquiva musa. Es que Sevilla toda, está llena de esta poesía! Y fueron sus troveros y sus guitarristas, los que la trasplantaron al trópico anhelante, tembloroso de amor en las noches estupendas de estrellas y cargadas de aroma de jazmines. En semejante ambiente, natural era, que prendiera la flor de poesía de Sevilla. ¡Y la copla popular se vació en el alma de los poetas y en la canción del trovador que, en la alta noche, irrumpía junto a la reja de la amada, y le quebraba el sueño, para llenarle el alma, con su queja y su pena!

El amor y la muerte, los celos, los ramos de claveles, los juramentos, todo eso subía como una enredadera de notas, hasta el balcón cerrado que una mano de mujer entreabría sigilosamente, para premiar con una breve luz de sonrisa, al noctívago y errante enamorado. Un andaluz había enseñado a cantar y tocar la guitarra, y a rondar en la noche, por la reja florida de la amada. Era la época de los madrigales! El andaluz era Gutiérrez de Cetina, desde México, en donde vivió y murió, embalsamaba el ambiente, influía en la formación del alma poética, madrigalizan-

do, con aquella su maravillosa dulzura que ofrendaba en la reja de la amada y con aquella su blandura y frescura de fuente galante que deshacía en la alta noche.

Este gran Gutiérrez de Cetina, madrigalista, por excelencia, de "Ojos claros, serenos", de "Colgado en tus cabellos", de "Mirando a la fuente", y de tanta musical jardinería amorosa, dictaba, pontificaba, creaba, acaso sin saberlo, bellas corrientes espirituales, en la futura alma atormentada de los poetas del trópico.

Otro andaluz, Vicente Espinel, de cuya manera poética salió la Espinela, también ejerció poderosa influencia, y también fueron sus poemas portadores del hálito de la poesía andaluza. Andalucía siempre ha tenido poetas, a manera de pontífices, ungidos del alma sevillana, encargados, por mandato divino, para influir en la poesía del mundo americano! Así Zorrilla, así Becquer, así los hermanos Antonio y Manuel Machado, así Salvador Rueda, y el olvidado y sonoro Manuel Reina.

¡Zorrilla, llenó una época de la poesía en el trópico. Constituyó, por si sólo, un espectáculo de belleza en la poesía castellana!

Manuel Reina, aquel malagueño de arpa de oro, puso también su grano de música sevi-

llana, en los jardines de la poesía tropical contemporánea.

Recordad ahora a estas liras del trópico: a José Joaquín Palma, a Zenea, a Julio Florez, no son ellos, acaso, instrumentos líricos de Sevilla? El alma trovera y cantora de estos poetas, no está henchida de la poesía del alma sevillana? Y el venezolano Andrés Mata y el dominicano Fabio Fiallo, qué son sino ramas de obsesión embebidas en la reja y la fuente? ¿Y todos, venezolanos, dominicanos, centroamericanos, cubanos, colombianos, peruanos, qué son sino poetas llenos de la unción del patio y de la reja andaluza y de la pena que sube como un voto y florece como una flor, junto a la celosía y al misterio de amor en la alta noche? ¡Por este misterio han pasado todos los poetas del trópico!

¿Y México? Ese prodigioso país de poetas, el más influenciado, por Sevilla, qué es sino un inmenso río de rimas sevillanas? ¿Qué fué el melancólico inmortal del Duque Job? Este olímpico cantor, este Gutiérrez Nájera, no fué acaso, un vaso de música y un tiesto lleno de flores de Sevilla? ¿No os recordais ya de su dulce serenata? Oid unos cuantos acentos de ella:

"¿De quién es esa voz? Parece alzarse
junto del lago azul, en noche quieta,

subir por el espacio, y desgranarse
al tocar el cristal de la ventana
que entreabre la novia del poeta,
No la oís como dice: "¡Hasta mañana!"
¡Hasta mañana, Amor! El bosque espeso
cruza, cantando, el venturoso amante;
y el eco vago de su voz distante
decir parece: ¡Hasta mañana, beso!
¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
Porque la novia queda en la ventana
y a la nota que dice: Hasta mañana
el corazón responde: "¿Quién lo sabe?"

¡Toda la estructura del verso, la manera, el alma de la canción andaluza, está ahí en la Serenata del glorioso mexicano!

¿Y Luis Urbina, ese gran corazón de poeta madrigalista, qué es, sino un estupendo exponente de la influencia de Sevilla, en los poetas del trópico? ¿Y el peruano Chocano? No está chorreando sangre poética andaluza su "Madre Andalucía, caja de armonía"? ¡Toda el alma de la poesía en el trópico está herida de amor de Sevilla!

GONZALO DE QUESADA

Del mejor de los hombres, de José Martí, recibió el calor del corazón y la bondad modeladora del espíritu. Del mejor de los hombres clamadores del orgullo de ser buenos y de ser útiles a la Patria, recibió Gonzalo de Quesada, la señal del Bien y de la Cruz, y recibió el alivio de una bendición que se tornó a lo largo de su vida de bueno y de útil, en un gran resplandor beatífico que hoy los confunde y los cubre por igual en la infinita misericordia de la muerte.

Su vida fué más grande que su obra. La plena limpidez moral que resplandecía en todos los actos de su vida de ilustre repúblico, vale más que el libro o el discurso que dejara tras de sí su inteligencia de propagandista de la buena causa insurrecta!

La vida de Gonzalo de Quesada es una joya de fidelidad por Cuba y por Martí, tallada por la mano del patriotismo. Y del seno de esa joya se desprenderán como de las estre-

llas de Dios, altas luces de pureza, a medida que el tiempo vaya alejando o empolvando su nombre en la historia de los héroes de Cuba y de los cubanos que comulgaron con la hostia santa que repartió el incomparable y nobilísimo Maestro!

La tierra de Cuba recibe con orgullosa tristeza los restos de Gonzalo de Quesada! Y al cubrir su fosa, la tierra madre junta amorosamente el recuerdo del Maestro al recuerdo del Discípulo! Y premiará con eternos ramos la filial obra de Gonzalo, al defender del olvido todas las dispersas páginas que fué regando el Apóstol por el mundo!

Las manos se honran, se inmortalizan, se limpian en la excepcional y paciente labor de reunir tesoros perdidos, ¡todo un arca de altas ternuras, de escalas de poetizaciones singulares, de epístolas maravillosas, de barcas líricas, de hechizos y de llamas de tribuno, de orador, de periodista y de poeta! ¡Todo eso salvó y cuidó la mano predilecta de Gonzalo de Quesada! ¡Bendecidas sean por siempre esas manos!

Ningún cubano se identificó más con la obra y la vida de Martí, que Gonzalo de Quesada, a pesar de su juventud! Gonzalo fué siempre, en todo el reguero de brasas patrióticas de aquellos tiempos de la Inmigración,

como una carta irradiante y vívida de José Martí. ¡La mejor carta a la Posteridad que escribió la mano eminente del Apóstol!

En el epistolario del Maestro, Gonzalo fué la carta que no se termina nunca, que no se firma nunca.

"Gonzalo es mi carta". Decía Martí al dirigirse a Poyo en una ocasión. Y era, efectivamente, "su carta" hecha honor y hecha hombre! Y lo siguió siendo aún después del inmenso sacrificio de la vida que realizó el Apóstol en Dos Ríos.

Y como una claridad moral y como un puro civismo fundador y afanoso, vivió Gonzalo y pasó por el mundo hasta el instante de su muerte!

"Gonzalo, — decía Martí en una carta, — más noble cada día; y limpio ya, a pesar de sus años jóvenes, de las tentaciones que a los hombres de menos grandeza natural hubieran podido afearle el carácter, me ha dado siempre, y hoy más que nunca, en estos días de deber y de honor, pruebas de las más raras virtudes: modestia, lealtad, entusiasmo, desinterés, abnegación. ¡Quiéralo sin miedo y con las dos alas del corazón!"

Estas palabras de Martí son un fidelísimo retrato de Gonzalo de Quesada, que no alteró nunca el tiempo.

Quiera todo cubano a Gonzalo de Quesada como quería Martí, que Poyo lo quisiera! Quiéralo toda Cuba con las dos alas del corazón, y grabe en una el nombre de Martí y en la otra el nombre de Gonzalo! ¡Y que Dios los tenga, a los dos, en santa gloria, por todos los siglos de los siglos!

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

OCASOS MEDITERRANEOS

A Cataluña suele distinguirla y caracterizarla, más que su juventud brilladora, la excelencia patriarcal de sus viejos ilustres.

Siempre tuvo la tierra catalana, como apóstoles de sus prestigios, unas cabezas blancas, que decoraban los ocasos, como Belenes vivientes, en medio de la abigarrada multitud, amadora del sol de las Ramblas.

Sobre la vejez prestigiosa de estos catalanes sorprendía ver cómo no desmayaba nunca la airosa y potente convicción artística. La idealidad mantenía sus fuegos y sus rosas en el corazón y en la mente de éstos bravos campeones del Ideal! Esta memoria de los viejos catalanes, que evoca hoy mi pluma, la hago pensando en Rubió y Lluch, a quien visité en compañía de Rubén Darío. Lo hago pensando en Santiago Rusiñol, en el pintor Ramón Casas! ¡Y en los desaparecidos patriarcas idealistas Guimerá, Pompeyo Gener, Rahola,

Iglesias, Gaudy, el viejo revolucionario de las grandes piedras monumentales!

Conocí y traté a esta buena legión de nobles viejos durante la estancia de mis condales años catalanes, cuya memoria mantengo viva en mi corazón!

Cuando Rubén, llegó a Barcelona, de paso para la América del Sur, en propaganda de sus revistas "Mundial" y "Elegancias", me dijo, al llegar al hotel:—"La primera visita para Rubió y Lluch". ¡Rubén era hombre de pocas admiraciones y no era nada atento ni con las que él sentía ni con las que él despertaba. ¡Sólo lo ví preocupado de cumplir y de rendir toda clase de homenajes, a Rubió y Lluch y a Santiago Rusiñol!

Llegamos a casa del más grande helenista de estos tiempos, por no decir el último gran helenista que sobrevive a estos tiempos sin ideales, que no otra cosa es Rubió y Lluch, y ya él nos esperaba y en medio de una montaña de libros, con una linterna en las manos. No sería la misma que llevaba en la mente, que se le había rodado a las manos? Tenía que leer con éste aparato de luz, y con no sé cuantos vidrios de aumento. Se había quedado casi ciego en las calles de Atenas, sobre las huellas de sus devociones intelectuales, en la rebusca y estudio de documentos antiguos. Y nos

contó todo eso sin desconsuelo, sin pena, pues, había encontrado viejos documentos, para su vasta cultura helénica, y desde luego, no estaba arrepentido. ¡Y ahora, poco a poco, con ayuda de esos aparatos y esos vidrios, podía leer algo! ¡El hijo, que ya era una mentalidad, moldeada en la de su padre, le leía también aquellos documentos borrosos, en cuya labor de descifrarlos, el padre había quemado la sabia luz de sus ojos!

Rubén salió sinceramente emocionado de aquella visita al amigo más íntimo de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, por quien éste sentía veneración y admiración. Vive todavía este viejo glorioso de Cataluña!

Santiago Rusiñol, es el último ornamento de la ciudad condal! Sigue haciendo su vida de las Ramblas, con su mismo sombrero, su amplia melena bohemia, y su ironía, y su alcohol, a pesar de tener sólo un riñón, con lo cual ha dejado muy mal a los médicos.

¡Qué vida de Rusiñol, más interesante, más pintoresca, entre jardines de Aranjuez y de Mallorca, y entre flores y pájaros de las Ramblas catalanas!

En la tierra en donde floreció el bello intelecto de Jacinto Verdaguer, ¡qué bien enmarcadas están estas figuras de la mentalidad y del arte catalanes! En esta tierra,

en donde derramó sus más puras esencias la oliva de santidad del poeta Juan Maragall, está bien este cuadro de grandes viejos que no se arrepienten de su idealidad y la llevan hasta el final con orgullosa prestancia: así la llevó y la paseó a diario por las Ramblas, el ínclito poeta Guimerá. Y la llevó también aquella otra figura, no hace aún muchos años desaparecida, de Pompeyo Gener. Era Pompeyo Gener, una institución catalana, como un obelisco, como el Consejo de Ciento, como El Orfeó, como el Código de Mar! Fué Pompeyo asíduo visitante del Cenáculo de Víctor Hugo, fué amante de Sarah Bernhardt, fué además, el novio de las más grandes y más interesantes mentiras que él inventaba y sostenía como verdades, que llegaron a ser célebres en Europa. ¡Vida bohemia, fascinante, la de este longevo estupendo, que fué filósofo y novelista de vasta nombradía. ¡*Peyus* le llamaban todos sus amigos íntimos, y el pueblo todo también lo llamaba así! Era médico y no recetó jamás, no firmó en su vida una sola receta. Al graduarse se consagró a las letras, a las cuales rindió eminentes servicios con la divulgación de nuevas teorías y de nuevas escuelas. Su "Miguel Servet", su "La Muerte y el Diablo", sus "Inducciones", sus "Amigos y Maestros", y tantos otros li-

bros son su mejor corona. Si Eugenio d'Ors, no hubiera abandonado a Cataluña, con los años hubiera llegado a ser por su cultura y su figura un noble eslabón en esta cadena patriarcal de viejos representativos del alma artística catalana, que le dan carácter a Barcelona! ¡Pero, Eugenio, se castellanizó en cuerpo y en alma y no saldrá ya de Madrid, sino para venir a Cuba, cuyo deseo acaricia. Sin duda, a su tiempo, vendrán otras cabezas catalanas a dar prestigio a la ciudad mediterránea, en esa tradición de atesorar viejos patriarcas idealistas, que son como ocasos del sol de Ulises, que proyectan suave luz latina en el corazón de la ciudad!

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

¡SINTIENDOME VIEJO!

ALGUNA vez, he escrito sobre la Habana, literaria de hace veinticuatro años. Pero aún tengo cosas que decir. Tenía yo veinte años. Fué entonces, cuando visité, por primera vez, en 1904 esta dulce ciudad. Tiene razón el doctor Antonio Sánchez de Bustamante, ese mago de la palabra, cuando fija y afirma una nueva razón, un nuevo derecho de suelo, y lo eleva a la categoría jurídica: ¡el derecho de escoger una patria, es tan sagrado como el derecho que da el nacer en ella! La tierra que uno escoge, por afecto, para vivir en ella, es tan de uno, como en la que se nace! ¡Evocar, es desdoblar el pasado, es "rumiar" una golosina que se nos escapa, es sujetar un ave que está deseosa de perderse en el espacio!

La Habana es un jardín, en cuyas noches son novias las estrellas, jardín lleno de sueños en donde es como más amorosa y dulce la Esperanza.

Ser literato, era ser alguien y publicar una bella poesía era recibir sonrisas, mensajes de amor y dulces miradas, por las calles de Obispo y San Rafael. Un soneto valía un centén, que lo gastábamos seguido, en pasear en coche por el Prado y San Lázaro. ¡Nos sentíamos un poco héroes de leyenda esa tarde, hasta que la desaparición del centén o del Luis, nos volvía a la realidad. Entonces, Carlos Miguel de Céspedes, vivía en un cuarto, en los altos del Restorant "Fornos", y era literato, y amigo de toda bohemia suspiradora, que le daba un matiz de ciudad romántica a la Habana, que ya ha perdido, y que le valió que toda la juventud de América, soñara con venir a ella, y conquistarla literariamente! La Habana, tenía una gran influencia en todo Centro América, en Caracas, en Colombia, en Perú. Esta influencia, la mantenía viva "El Fígaro", heredada de "La Habana Elegante". Esas revistas consagraban. Publicar en ellas, versos o prosas, era la más codiciada aspiración de todo aeda nativo o de toda lira extranjera! No era fácil publicar. Se escogía mucho el material. Se tenía en cuenta su mérito. Y obtener la publicación en primera página, era ya el salvoconducto de la celebridad. Recibir un elogio de Sanguily, de Wifredo Fernández, de Ruiz Díaz, era como si nos sin-

tiéramos ir de manos de la gloria, camino al cielo. ¡Este elogio no era fácil obtenerlo. Esas plumas no se conquistaban con sonrisas ni con halagos. Decían siempre la verdad. Se sentían en "misión" profesional! ¡La sección de Wifredo, que él titulaba "Desde mi Bohio", era la más severa y austera tribuna de la crítica literaria. A Pichardo, lo hacía polvo! ¡No tenía que ver Wifredo con nadie para fustigar. Pero, enseñaba a la vez, porque su crítica, si sañuda e implacable, era noble y sabia a lo Don Juan Valera.

Esa Habana, ha desaparecido, por lo menos, vibra menos hoy, la preponderancia que en ella se alcanzaba entonces con un buen soneto! ¡"La más fermosa", del chispeante y grato poeta desaparecido Enrique Hernández Miyares, dividió la ciudad y caldeó el ambiente como la aparición de un Lindbergh, de la aviación lírica!

¡Qué bella Habana, aquella, cuando el fino espíritu de Don Ricardo Dolz, premiaba con su elogio, desde la tribuna del Ateneo, la poesía, el arte, la ciencia, y abría sus salones de la calle Empedrado, para recibir y festejar al poeta, al artista, que ostentara la palma de un triunfo! ¡Recuerdo la noche dedicada por Dolz, al colombiano Julio Flórez, allí recité unos versos que tuvieron buena suerte: "Ya

no hay misterio en las cosas", que me valieron que la más bella de las blondas hadas, viniera a darme el brazo, como un honor, para pasear por el salón! ¡Qué feliz me sentía yo esa noche! ¡Julio, recitó sus "Altas Ternuras" y el "Idilio Eterno". Era un recitador formidable, que al recitar acentuaba como nadie, los acentos rítmicos del verso! ¡Su aparición en el Ateneo, fué una apoteosis! ¡Hombres y mujeres lloraban de emoción artística ante aquel solemne desgranar de perlas negras de su poesía emotiva! Al final de esa velada, nos fuimos con Julio, José Manuel Carbonell, cuya poesía "En las Cimas", le había consagrado como uno de los primeros de la falange apolínea, Félix Callejas y yo, a la glorieta del Malecón. Allí amanecimos. Julio, nos recitó lo que él llamaba "Gestos", breves poesías ateas, tremendas, que no daba a la publicidad. José Manuel, hizo un alarde de memoria que nos dejó a todos maravillados: Julio Flórez había recitado esa noche en el Ateneo su larga "Balada del Río". Quería conservarla a todo trance inédita. Y José Manuel, de oírsela una sola vez, se la había aprendido íntegra y se la recitó al poeta aquella misma noche, causándole una profunda sorpresa y admiración.

Entonces, Frau Marsall, era rubio, bello y misterioso como un príncipe del Rhin! ¡Escribía cuentos y crónicas a lo Azorin. Tenía un gran prestigio Frau, entre nosotros como sutil dominador del idioma. Se batía, además, con facilidad. Era, junto con el inolvidable y querido Angel Gabriel Otero, los ironistas del grupo. Con Otero, escribió Frau, la opereta *Lulú Cancán*, que estrenó en *Albisu*, la fascinante tiple María Conesa! ¡Esto ocurría en el año 1908! ¡Qué palpitante júbilo y qué emoción la de esa noche para todos nosotros! ¡Eran dos del grupo de "Letras", revista de los hermanos Carbonell, los triunfadores! ¡Siempre juntos, en paseos, en los cafés, en los teatros. Necesitábamos y lo teníamos siempre un palco en todos los teatros. Ramiro Hernández Portela, Mario Muñoz Bustamante, Miguel Angel Campa, Carlos Garrido, Algarra, Foncueva, Rafael Carreras, Néstor Carbonell, Lozano Casado, Frau, Otero, Nonó Mesa, Arturo R. de Carricarte, y Goldarás, que entonces no era tan feo como ahora; Paco Sierra, Fernando Zayas, Esplugas, Federico Fabré, Diwaldo Salón, Luis Rodríguez Embil, Collantes, Napoleón Gálvez, Max Henríquez Ureña, Félix Callejas, Tomás Juliá, Jesús Castellanos, Ramos, Marco Antonio Dolz, René López, ese lírico y en-

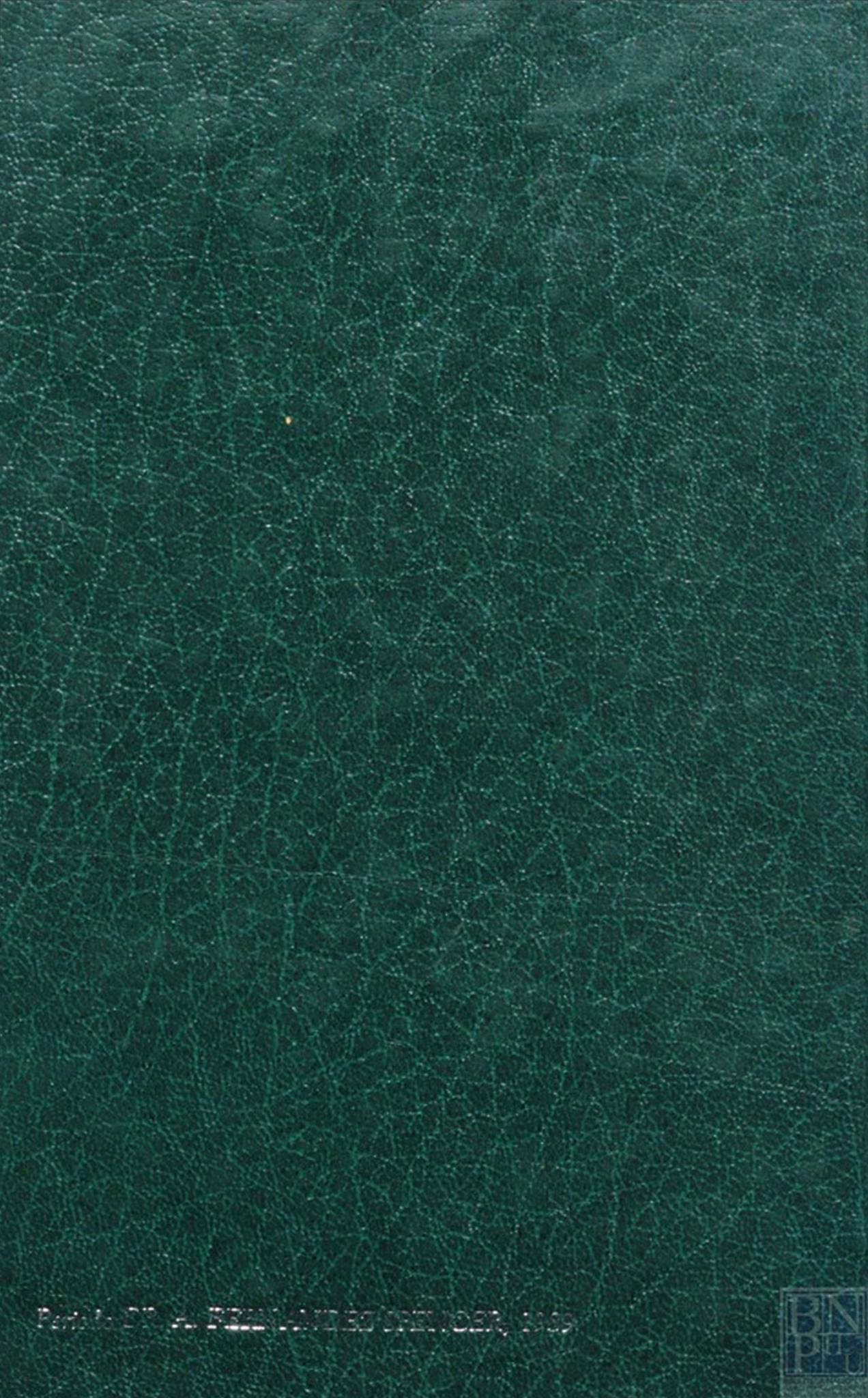
fermo cisne de "Barcos que pasan", con cuya muerte perdió Cuba, la más bella y legítima esperanza de su cielo literario, y otros que escapan a mi memoria, formábamos el "bolón", como se decía entonces, de los amigos que nos reuníamos tarde y noche en "El Fígaro", en el Restorant 'El Casino", en el Parque Central, junto a la estatua de José Martí. ¡Cuántos de ellos ya reposan bajo losas, ignoradas, en el Cementerio! ¡A este grupo se agregaban los escritores y poetas extranjeros que llegaban a la Habana. Los acogíamos como hermanos desde la primera noche. Recuerdo a dos venezolanos de gran talento, a Juan de Sola y a Emiliano Hernández, y a Leopoldo de la Rosa, un poeta colombiano de fina y rica vena poética! ¡Los dos primeros han muerto en su país, desde hace tiempo. En Cuba, dejaron los tres, páginas de brillo literario en "Letras", y en "El Fígaro", que bien valen como joyas de la literatura hispano-americana. Otros vinieron después. Entre éstos uno que parecía español y era cubano. Traía un libro de cuentos. Yo lo llevé y presenté al grupo. Era Hernández Catá, el célebre escritor que honra hoy día las letras cubanas, en España! Es posible que cometa olvidos, porque estoy escribiendo llevado de la memoria, a pluma suelta sobre el papel! ¡Dentro de ese grupo había, desde

luego, sectores de preferencia, quiero decir que había pequeños grupos que en nada comprometían la cordialidad general. Yo siempre fuí más amigo de Frau, de Néstor Carbonell, de Ramiro Hernández Portela y de Otero. Formábamos nosotros el "grupito". Néstor lo presidía con su corazón nobilísimo.

La Habana, de entonces tenía una poetisa joven, vibrante, bella, apasionada, que venía de ilustre abolengo intelectual, en cuya casa había despertado al arte antes que ella, su hermana, la lírica y estupenda novia de Julián del Casal. Me refiero a Juana y a Dulce María Borrero. Su casa era la casa de los poetas. Todo lo que valía y brillaba, iba allí, a dar sus oros y a recibir los puñados de rosas de las líricas manos de todas las Borrero. No se podía ir entonces a ninguna casa de la Habana, sin que el poeta se viera obligado a recitar versos, tal era el cerco de los ruegos femeninos que no había forma de escapar a las recitaciones. Cada sábado había velada en la Habana, o en el Liceo de Guanabacoa. Oradores, y poetas llenaban el programa. Entonces pude oír a Zambrana y a Sanguily, a Varona, a Giberga, a Lanuza, a Ferrara, a Montoro, a Alfredo Martín Morales, que hablando, era un raudo torbellino de imágenes y de palabras que el pensamiento no podía alcanzar!

¡Qué Habana, tan interesante, tan cordial, tan romántica, la de entonces! La Habana, de las comidas de los domingos, en la noble casa de Don Domingo Malpica de la Barca, en cuya exquisita mesa de literatos hacia Eulogio Horta, juegos de manos, en la sombra de la pared, y el Conde Kostia, recitaba "La Palmada" y Lola Rodríguez de Tió, la amada y jovial poetisa, nos hacía a todos felices con los "arranques" geniales de su personalidad. Allí, tenía asiento fijo, todos los domingos, Panchito Ibáñez, el doctor Gonzalo Aróstegui, Héctor de Saavedra, Horta, el doctor Miguel Angel Cabello, el bien querido *Fonta,* y otros que no recuerdo ahora y el último literato llegado, y yo, que vivía en la casa por mandato del cariño paternal del Conde Kostia, generoso prologuista de mis "Arcos Votivos".

Esa Habana, de mis veinte años, la desdoblo hoy como un viejo devocionario, en mi espíritu, y siento como si de cada hoja se desprendiese un hálito de una floresta extinguida que me ofrece su ceniza y como si de ella se levantase una voz que me dice con toda la ternura y la suavidad de un rezo: ¡Osvaldo, ya estás viejo! ¡Ya estás viejo!

INDICE

	Pág.
Breves palabras	9
El Evangelio de la Ternura	15
Manuel Sanguily	25
Gómez Carrillo o la nostalgia	31
Fray Candil o las antipatías	37
Don Gabriel Camps	45
Chocano o los Soles del Perú	49
El misterio de Armando Godoy	53
La amada inmóvil	61
Julio Flórez: ¡La obsesión de la muerte!	67
La bondad de Jesús Castellanos	71
Las Antillas cantoras	77
Valores olvidados	83
Espigas de soledad	89
Facetas tropicales	93
El poema del puerto	97
Sevilla y los poetas del trópico	101
Gonzalo de Quesada	107
Ocasos mediterráneos	111
¡Sintiéndome viejo!	117